Cinco historias

de una inválida imprudente

y un poema para no perder la dignidad.

404_not_found



Estas historias, muy a pesar de mi padre, son reales.

Prólogo

Una vez, cuando tenía 22 años, me ahogué tragando saliva frente a mi novio de ese entonces. Estábamos en su casa viendo tele y de la nada empecé a ponerme roja. Sentía la tráquea casi del todo cerrada, como si estuviera respirando a través de una pajita. Frente a la escena y sin saber qué hacer, me preguntó si quería agua, yo tiraba mi torso hacia adelante intentado toser y despejar mis vías respiratorias. En el pasado esa técnica me había funcionado. El tipo se empezó a asustar porque los cachetes se me habían puesto muy rojos y yo no lograba dar una sola bocanada de aire sin ser interrumpida por mi ataque de tos de perro.

Pasaron unos 5 minutos hasta que logré volver a respirar tranquila. Cuando se dio cuenta de que yo ya no me estaba muriendo, me miró y riéndose dijo: “no sé cómo es que llegaste viva a los 20 años”. Yo recuerdo ese episodio y me río hasta el día de hoy, porque tampoco sé cómo es que mi percepción de las cosas que pueden llegar a ponerme en peligro está tan distorsionada de lo que el resto de la gente ve.

Este libro posiblemente no tenga mucho sentido en lo que a cronología respecta, y es que en mi vida la cronología no existió más que en grados escolares y estadías en una habitación de hospital. Conforme fueron pasando los años noté que mi medida de progresión eran las aventuras que fui teniendo mientras recorría, dominaba, puteaba y amaba el espacio urbano.

La memoria del paso por las calles de mi ciudad natal Córdoba, así como las doradas aventuras que me llevaron a amar a la Capital Federal, se va hilando bajo lo anecdótico de mis decisiones de vida profundamente cuestionables.

Supongo que en algún punto preferí que lo que me ponga en peligro esté afuera, sea eso desconocido, pero que por supuesto deje una buena historia que contar. La mitad de la diversión siempre estuvo en relatar mis decisiones de vida de mierda a otras personas.

No habían pasado ni 3 días de mi primer viaje a Buenos Aires sola. Me sentía bien.

No habían pasado ni 3 días desde mi primer viaje a Buenos Aires sola. Me sentía bien. Llegué a Córdoba en el último vuelo de Aerolíneas. Estaba cansada, pero se suspendía a mi alrededor un aura de triunfo. Me emocionaba pensar en lo que había hecho, pero más me emocionaba la idea de hacerlo de nuevo.

Retomar mis actividades laborales al día siguiente fue difícil, pero de momento a momento me asaltaba un recuerdo aislado de mi aventura en Capital y pequeños espasmos me congestionaban el pecho por un microsegundo. Sonreía y seguía trabajando.

Unas semanas antes de salir de viaje había visitado a Rosario. Ella vivía en la otra punta de la ciudad, en Aguello. La ruta hacia su casa fue la que me inició en el 13[1]. Para llegar tenía que hacer unas 7 cuadras desde mi casa hasta Ciudad Universitaria. Odiaba hacer

[1] Línea de colectivos de la ciudad de Córdoba perteneciente a la empresa Coniferal.

el *trecho de la muerte* [2] pero la idea de visitar a mi amiga cuando se me diera la gana me encantaba. Me gustaba pretender que, así como me subía al 13 para visitar a Rosario, podía subirme a cualquier otro colectivo rumbo a cualquier otro destino. Sabía que no era así, no acá, no en Córdoba, pero coquetear con la idea de ser este bicho de ciudad que tiene lugares a los cuales ir, reuniones dónde asistir y horarios que cumplir me generaba esos microespasmos de emoción en el pecho. Me quería sentir Michelle Pfeiffer en esa película con George Clooney en la que recorrían toda Nueva York hablando por dos celulares del tamaño de un ladrillo de hormigón. Sumaba a la fantasía hablar por teléfono en la calle. Éste era un verdadero desafío: primero porque nunca nadie me llamaba cuando iba por la calle, y segundo porque la mano (hábil) que utilizaba para hablar por teléfono era la misma que necesitaba para manejar la silla. Decidí probar cambiando el joystick de lado. En vez del lado izquierdo iba a usarlo del lado derecho. Pronto comprobaría que era una mala idea. Manejar con la mano derecha se me hacía imposible. Mi capacidad de reacción era menor y, por lo tanto, esquivar un pozo o un auto era bastante más difícil que haciéndolo de la manera tradicional. Tuve que llegar a un consenso con mis fantasías y usar el auricular para hacer mis tan impostergables llamadas.

El caso es que aproveché la tarde que tenía libre de obligaciones laborales y me subí al 13 de las 4 de la tarde rumbo a lo de Rosario. Habíamos quedado en vernos antes de que yo me fuera a Capital. Ella insistía en darme consejos para viajar en avión con la *lisi.*

Mi relación con Rosario era muy particular. Yo estaba muy agradecida con el gesto que ella había tenido conmigo, pero a menudo operaba un mí una resistencia hacia sus

[2] Cruce peatonal no señalizado de calle Velezsarfield y Martín Ferreyra.

consejos que se manifestaba con un "Rosario, estoy lisiada hace 15 años, no me rompas las bolas".

De todas las personas que temían por mi vida, siempre sentí que Rosario era la que más lo sufría. Quizás fuera porque era ella quien me había dado la silla, o porque comprendía, de primera mano, los peligros que representaba manejarse en una ciudad tan poco *lisifriendly*. De cualquier forma, yo intentaba prestarle atención a su ponencia sobre (cito): "Cómo evitar que Aerolíneas Argentinas te agarre de pelotuda".

En el soliloquio de unos 40 minutos de extensión, Rosario iba punto por punto explicándome qué cosas me iban a pedir, cuánto tiempo antes tenía que estar en el aeropuerto, qué información tenía que recalcar y, principalmente, la importancia de no dudar en nada, hablar fuerte y mirarlos fijo. En su momento me pareció un poco exagerado. Sentía que pasar por el Oráculo de La historia sin fin era más fácil que subir una silla de ruedas eléctrica a un avión. Yo le hacía chistes, ella se reía por un segundo y retomaba su clase con un "¡¿Querés viajar o no?!".

A Rosario no le gustaba que la interrumpan. Yo sabía de primera mano que ella detestaba muchas de mis cualidades. Odiaba la falta de certezas que implicaba una cita conmigo. Una visita a Rosario era precedida por al menos 3 mensajes de confirmación: "¿Venís hoy?, ¿Ya estás en el 13?, ¿Te das cuenta de que no me podés mentir porque yo también tengo los horarios, no?".

Si había algo que la indignaba eran mis tiempos de mierda. Mis tiempos de mierda y que no le prestara atención cuando hablara. Ro era unos años más chica que yo, a menudo esa diferencia de edad pasaba desapercibida. Nosotras teníamos algo en común que nunca había compartido con nadie más. Estar en contacto con ella era un ejercicio de

perspectiva constante. Recuerdo cuando la conocí. Ella ya usaba una silla eléctrica hacía unos 2 años, y yo una manual desde mi accidente. Rosario trataba de convencerme de comprar una *lisi: "*Dale boluda, ¿sabés cómo te va a cambiar la vida?". Yo le respondía que no consideraba estar tan inválida como para andar en una de esas. A Rosario le encantaba refutarme ese argumento preguntándome: "Ah, y con esa silla que tanto te gusta ¿te podés tomar un bondi?"; a lo que yo respondía: "Y a vos, esa silla tan tecnológica, ¿Te lleva al baño?". Si algo había aprendido de mi relación con Rosario era que la independencia era, quizás, el aspecto más relativo de cualquier discapacidad.

Me subí al 13 de las 4 de la tarde. El viaje duraba aproximadamente 1 hora. El 13 era la única línea de bondis completamente adaptada de todas las que circulaban en Córdoba, y recorría la ciudad de punta a punta. Rosario también se había tomado el tiempo de enseñarme como tomar un colectivo. Lo más importante era que te vieran. Yo me posicionaba en la parada al lado del poste. Me ponían de muy mal humor las personas que se me paraban al frente y siempre fantaseaba con llevármelas puestas con los apoya pies de la silla. Alguna que otra vez lo había hecho.

Cambiar de silla fue una apertura paulatina a mis verdaderos deseos. Lo que más me condicionaba era depender del que me tenía que llevar. Siempre dispuesta y de buen humor. Siempre sonriendo por la calle.

Lo primero que afloró en mí cuando empecé a salir sola fue una oleada alevosa de *ortivez*. La gente que ocupaba cada metro cuadrado de la calle, que antes representaba una posible ayuda por cualquier eventualidad (cualquier situación que requiriera parar un taxi, desarmar la silla o alcanzarme a la puerta de un edificio), ahora era una molestia, un colectivo humano que ocupaba constantemente el poco espacio urbano transitable.

La escases de rampas, históricamente bloqueadas por viejas con carritos para la feria, se hacía cada vez más evidente. La situación de lidiar con estas personas me ponía de muy mal humor.

Iba con los auriculares puestos escuchando un disco guardado en mi cuenta de Spotify de Drake. Hacer el trayecto hasta lo de Rosario sin música era un suicidio. El sol me pegaba de costado y el bondi era un caldero de gente que salía de trabajar. La *lisi* se trababa sola al apagar el joystick, pero el colectivero pegaba unas frenadas tan violentas que a menudo terminaba desplazándome hasta el pasillo y llevándome puesto algún que otro talón.

Tenía que bajar pasando la rotonda de la Recta. Controlaba constantemente el recorrido con el Maps. Pasaron varios meses hasta que le perdí el miedo a colgar y terminar en Villa Walcalde sin darme cuenta. Por lo general los choferes exigían que les avise una parada antes de bajar, así podían acercar el colectivo al cordón. Yo sabía en qué momento estaba por llegar a la penúltima parada, pero pedirle a otro pasajero que se acercara al chofer y le transmitiera esta información era algo que me daba tanta paja que me encontraba a mí misma postergándolo hasta que se me pasaba la que sí era.

Me pasé de mi destino unas 4 cuadras. El recorrido era fácil. Volverme hasta la rotonda, hacer unas 3 cuadras en diagonal, llegar a la estación de policía, y subir a la casa de Rosario. Ella me esperaba acomodada en la mesa de la cocina. Su casa era un paraíso nivelado. La *lisi* entraba perfectamente en la mesa de madera que ocupaba una gran porción de su living comedor. Hablamos un rato, me explicó el asunto de la aerolínea. Yo escuché todo lo que tenía para decir y al cerrar ese tema le pregunté si quería ir a ver una banda conmigo cuando volviera de mi viaje. Me dijo que sí. Nunca habíamos salido

juntas. Yo estaba re goma con ir porque era fanática de la banda que tocaba hacía mucho tiempo y nunca los había visto en vivo.

Le rompí las bolas para que compre la entrada con anticipación, tenía miedo de que se agotaran. Discutimos un rato la logística de cómo ir. Me dijo que su papá la iba a llevar en la Doblo, que si yo quería podían alcanzarme a mi casa a la vuelta, pero a la ida no. Rosario se manejaba con mucha cautela a la hora de pedirle este tipo de cosas a sus papás y yo, al percibir su inseguridad, actuaba como si tuviera todo resuelto. Mentira, no tenía nada resuelto. Mi mente estaba en Buenos Aires. En mi primer viaje sola. Todo lo otro era algo que eventualmente se iba a resolver por sus medios.

Fui y volví. Estaba extasiada. Al otro día tenía que trabajar y resolver cómo ir al recital. Yo trabajaba en un call center bajo la modalidad de teletrabajo, es decir, trabajaba desde mi casa. Mi turno era de 2 de la tarde a 8 de la noche. Calculé los tiempos. Me bañé antes de mi turno, y me peiné y maquillé mientras trabajaba. Se hicieron las 9 de la noche. Hacía un poco de frío. Llevaba una campera bomber reversible, con dos tigres bordados y puños color naranja. Tenía puestos unos jeans de color azul gastado y unos zapatitos bordó en punta. Tenía los ojos maquillados con una sombra color ocre y los labios pintados de negro mate.

Aún no resolvía como llegar hasta allá. El recital era en un boliche en la zona del ex Abasto. Yo estaba familiarizada con ese barrio. Dos años atrás había convivido con un novio que tenía un departamento del otro lado del río, sobre General Paz, justo antes del puente. Recordé hacer el trayecto desde mi casa hasta la suya andando con la silla sin problemas. No parecía tan lejos. Claro, siempre lo habíamos hecho de día. El departamento quedaba a unas 4 cuadras del mercado Norte. Esa zona cambiaba mucho

cuando se hacía de noche. Las decenas de puestos de vendedores ambulantes, las viejas que ofrecían especias en las esquinas y los manteros que te vendían 3 pares de medias por 15 pesos, eran reemplazados por un puñado de mujeres trans que laburaban toda la noche. Ellas siempre habían sido amables con nosotros. Recuerdo, en mi necesidad constante de ser el Roberto Carlos de la vida, pasar por al lado de las chicas y saludarlas mirándolas a la cara. Había algo en las mujeres trans que me inspiraba confianza.

Hacía mucho no visitaba esa zona. Después de haberme separado de mi ex novio no había vuelto a pisar esos lados, pero si recordaba muy bien los trechos que hacíamos para llegar a su departamento: de mi casa a Plaza España eran unas 20 cuadras, de Plaza España al Patio Olmos eran unas 10 más, y de Patio Olmos a General Paz y el río eran unas 15 cuadras. Desde ese punto sólo tenía que cruzar el Suquía y llegar a destino. En mi mente era una opción re viable.

Arranqué mi viaje. Hacía mucho más frío del que creía. La mano izquierda me temblaba y ejercía una fuerza exagerada para dirigir el joystick. Todo el dispositivo estaba adosado al apoyabrazos de la silla por un caño que se deslizaba por un riel. Originalmente, este riel estaba agarrado por precintos, pero cómo yo había estado intentando cambiarlo de lado para poder usarlo con la otra mano, ahora estaba suelto. La fuerza que le hacía al josystick, por el temblequeo que me causaba el frío, hizo que llegara a Plaza España con el caño a punto de salirse del sistema que lo sostenía. Me resguardé un momento en la guardia del edificio de mi abuela, que, convenientemente vivía frente a la plaza. Eran las 12:30 de la noche. Estuve en la guardia unos 15 minutos y volví a arrancar. Lo único en lo que podía pensar era lo hermoso que sería poder tomarme un taxi. La *lisi* no se desarmaba. Era un bardo y jamás iba a entrar en un *corsa*. Todos los taxis de Córdoba

son *corsas*. Abandoné esa fantasía. Ya está, no la podía clavar a Rosario. Hice el trecho hasta el Olmos, había menos gente de la que esperaba en la calle. Al otro día era feriado y la realidad era que estaba bastante fría la noche.

Cuanto más me acercaba al corazón del Centro, más parecía disolverse la ya escasa masa de gente. El Centro es uno de esos barrios que sólo viven de día, y que de noche producen una sensación de escenario vacío, que en realidad no está vacío. Otra obra se interpreta cuando cae el sol. Es la función nocturna, y aquel día todos sus personajes se presentaban ante mí.

Estaba a unas 3 cuadras del mercado Norte. Las chicas trans empezaban a aparecer en las esquinas. Conforme me acercaba al mercado, más pobladas parecían las veredas. Intentaba hacer contacto visual con algunas, pero muchas de ellas tenían a un hombre atrás que me miraba con cara de odio. De repente me sentí completamente expuesta, pensamiento un tanto ridículo: estuve expuesta desde el momento en el que salí de mi casa. Había hecho cerca de 50 cuadras y la batería de la silla empezaba a ponerse en rojo. Me imaginé la situación de quedarme sin (batería) en aquel lugar. Donadísima. Me reí. Estaba donada desde el principio. Hice una cuadra más. Otra chica trabajando. La miré y tiré un “Hola” tímido. Lucy, que se paraba en la esquina como un centinela, se dio vuelta y me gritó “¡Chau reina!”. Sonreí. Su respuesta me reconfortó, de repente no me sentía tan sola. Avancé media cuadra más y vi como la noche se hacía infinitamente más intensa. Adelante ya no había ni chicas. Vi la batería de la silla, ya estaba en rojo. Contemplé en silencio la situación por un momento y me volví la media cuadra que había avanzado.

Lucy estaba hablando con otra chica que se apoyaba en la cortina de chapa de un local. Me acerqué al cordón, no había rampa. Lucy me miró y dijo: "¿Estás bien reina?". Yo la miré y de repente me sentí como cuando tenía 6 años y me perdía en el supermercado o en el shopping, desesperada sin encontrar a mi mamá, en búsqueda de alguna señora que me recordara a una tía o amiga de la familia y me ayudara a encontrar de vuelta a mis padres.

- Disculpá, yo sé que estás trabajando – dije – pero tengo que cruzar el puente del río y me da miedo ir sola, ¿me podrás acompañar?

Ella me miró por un momento, le dio el paquete de cigarrillos Chesterfield que tenía en la mano a su amiga y se acercó.

- ¡Obvio reinita! Yo te acompaño – respondió con entusiasmo.

Lucy era alta y delgada. Tenía hombros cuadrados y medía lo que calculé como un sólido metro 95. Llevaba unos tacos altísimos color blanco, y unas calzas de licra vieja y transparente haciendo juego. Por debajo de su calza se advertía una tanga negra de tipo hilo dental que se asomaba por la punta de sus caderas. Arriba no tenía nada, sólo dos cintas aislantes de color negro pegadas en los pezones. Sus implantes eran enormes y su piel oscura con manchitas negras por el sol. Llevaba una sombra azul con brillantina de colegio sobre el párpado móvil y un labial rojo en la boca. Lucy me generaba mucha compasión, y yo podía ver en la forma en la que ella me miraba que yo le generaba el mismo sentimiento.

- ¿Y a donde te vas tan pinturrajeada vos? ¿A unos quince? – me preguntó sacando charla.

Solté una carcajada. Me dio muchísima gracia que esta chica con brillantina en la cara pensara que yo era más *mostra* que ella. Le conté lo que había pasado, como había calculado para el orto mis distancias, que tenía frío y que me quería volver a mi casa, pero bueno, que ya estaba ahí y no podía clavar a mi amiga. Lucy me dijo que no me preocupara, que ella conocía muy bien esas calles y que los espíritus estaban de su lado. La miré un poco desconcertada, pero dentro de todo el panorama que la noche me ofrecía, decidí que Lucy y sus espíritus estaban bien para mí.

- No te preocupes – siguió – yo soy pai umbanda, y los espíritus de la oscuridad me protegen. Me tuve que hacer pai, sabés, porque estaba cansada de que me pasen cosas malas, así que ahora estoy protegida, y si te quedás conmigo vos también lo vas a estar.

Sacando toda la parte sectaria del asunto, lo que me dijo Lucy de hecho si me generó tranquilidad. Ella tenía una forma de hablar tan familiar, tan de tía pirada pero con buenas intenciones, que me resultaba increíblemente tranquilizadora. Caminamos unas cuadras, estábamos a 100 metros del puente.

- Vos sabés que acá se hartaron de chorearme los negros –dijo - Una vuelta me había hecho como 2000 pesos, Reina. Vinieron estos negros de mierda en moto, uno me agarro de los pelos y el otro arrancó. Me arrastraron media cuadra, ¿Podés creer? ¡Ni para los criollos del otro día me dejaron los negros culiados!

No sabía muy bien cómo reaccionar. Cuando estaba emitiendo una risita a medio camino entre pena y gracia, Lucy se echó a reír a carcajadas y yo la seguí.

- Igual, vos quédate tranquila Reini, que ahora los muchachos nos cuidan, vos quédate acá, ya vengo.

Habíamos llegado al puente. La subida tenía 3 escalones. Lucy me dejó en la esquina y caminó media cuadra hacia la derecha. Sus tacos blancos resonaban en el asfalto desierto. No había un alma. Pasaron unos 5 minutos hasta que volvió. La imagen me recordó a una versión de *La Salada* de esa escena de Miss Simpatía en la que una Sandra Bullock muy machona, pero vestida con ropa apretada y pelos al viento, era seguida por un *squad* de policías del FBI. Claro que, en este caso Sandra Bullock era mi aliada de la noche Lucy, y los efectivos del FBI eran 3 canas de la seccional más cercana. Los policías se acercaron hacia mí y me preguntaron cómo levantar la silla. Les indiqué cuáles eran las partes que podían agarrarse sin el peligro de que se salga algo. Lucy nos miraba desde arriba del puente y comandaba todo el operativo.

- No me la vayan a tirar a la Reina, muchachos – jetoneaba.

Prendí la silla e hice unos metros hasta llegar a la punta de la pasarela. Los canas hicieron el mismo procedimiento para bajar. Al volver a tierra firme uno de ellos me preguntó hasta dónde iba y me informó que no podía acompañarme más allá del puente. Sólo tenía que hacer una cuadra y media sola y llegaba al boliche. Les agradecí y les dije que no se preocuparan. Uno de los oficiales dijo a los otros dos que él se podía volver a la estación y que me acompañaran, no pasaba nada. Lucy se sumó. Emprendimos el trecho final. Llegamos a la puerta, Rosario me esperaba afuera. Me vio despedirme de mi fabulosa escolta improvisada.

- Te me cuidas reina, ¡no te vas a volver sola eh! – me dijo mi nueva amiga mientras me daba un beso en el cachete.

Saludé a los canas con la mano y los vi partir con Lucy de vuelta hacia el puente. Rosario me miró y me dijo: “ni siquiera voy a preguntar”. Entramos a la fiesta, la banda estaba por tocar. Cantamos y chivamos un montón. Yo por fin ya no tenía frío.

Dos horas más tarde el padre de Rosario me estaba llevando al departamento de mi abuela, el de Plaza España. Le quedaba de pasada. Subí al piso 13, mi abuela estaba de viaje. Fui derecho a la cocina y descongelé unas milanesas. Me acosté vestida, pensé en qué estaría haciendo Lucy en ese momento. Unos minutos después me quedé dormida con el arrepentimiento de no haberle pedido su Whatsapp.

Yo le dije a Agustina que flashear amor con el Daddy era lo peor que me podía pasar.

Yo le dije a Agustina que flashear amor con el Daddy era lo peor que me podía pasar. Agustina me dijo: “Lucretina, fuiste a la casa de un tipo de 40 años que conociste por internet y no moriste ¿No te parece triunfo suficiente?”.

No sé por qué hago estas cosas. Tampoco me importa tanto, los motivos nunca fueron una temática que me interesara ahondar sobre mi misma. A Manuel lo conocí como Sugar Daddy en un sitio de citas por internet en el que tipos más grandes buscan relacionarse con mujeres bastante más jóvenes. Literalmente se había puesto de seudónimo “Sugar Daddy”. Tenía una foto de perfil con una cara de boludo tremenda. Había hablado con otros Daddies ya, pero la mayoría cuando se enteraban de que estaba lisiada en serio, no me respondían más. Me daba bronca porque yo ya sabía cómo distraer a los pibitos de Tinder del asunto invalidez, muy a mi pesar estos tipos tenían demasiado en claro lo que querían.

Yo estaba de licencia médica de mi trabajo hacía un mes y el tiempo libre, que al principio se me hacía tan delicioso, empezó a volverse una molestia. No, no le voy a echar la culpa al aburrimiento tampoco. No sé por qué hago estas cosas.

Cherry me había contado sobre su Daddy. La idea de coquetear con el trabajo sexual me resultaba demasiado atractiva. Me gustaba decirles a mis amigas que lo que estaba haciendo rayaba en la prostitución. Ellas ya sabían que era capaz de hacer estas cosas igual. Supongo que en realidad quería decírselo a gente que no me conociera mucho, a los que me ven de cierta forma y—no, tampoco lo hago para demostrarle a la gente que las lisiadas también pueden ser re putas. No sé por qué hago estas cosas.

SA [3] te pedía que llenes unas categorías de información personal que luego quedarían en revisión por al menos 48 horas. Los campos que tenía que llenar eran seudónimo, un encabezado, lo que busco y cómo soy. Dejé los últimos dos en blanco. Mi nombre de usuario era Lou_92. Analicé poner un 94, creía conveniente hacerme pasar por alguien dos años más joven, pero finalmente dejé el 92.

Eran las 8 de la mañana de un jueves. En una semana me iba a Buenos Aires al Lollapalooza. Me sonó el teléfono, era un mail de SA. Bajé la pestaña de las notificaciones del celular y vi el mensaje de Manuel.

Crear un perfil en el sitio de los Daddies era relativamente fácil, siempre y cuando fueras una Baby (cosa que luego me iba a enterar al tener mi primer encuentro con el Daddy original).

[3] Seeking Arrangement, red social para Sugar babies y Sugar daddies.

Me pareció gracioso hacer un chiste en mi encabezado, era un buen detalle para cuando contara esta historia en el futuro. “Lisiada con grandes sueños”, escribí. “Muy interesante la frase ‘Lisiada con grandes sueños’. ¿Es metafórica o literal?”, rezaba el mensaje. Luego de leerlo entré al perfil de Manuel.

A menudo los Daddies escribían descripciones larguísimas sobre quiénes eran, a qué se dedicaban y especialmente qué esperaban de una Sugar Baby. Mientras *scroleaba* entre las decenas de usuarios del sitio, me encontré con altos personajes. Llegué a la conclusión de que cuanto más millonarios eran, más excéntricas eran sus pretensiones para con las Babies: un australiano con negocios en Nevada, buscaba tres esposas para una relación poliamorosa; un canadiense militar obsesionado con los tacos altos, quería a una mujer joven de no más de 1,60 de altura; un médico de la India fanático de Adele, que se consideraba muy feo y estaba por realizarse una cirugía facial reconstructiva en Alemania, buscaba una compañía para su postoperatorio. Leer las descripciones de los usuarios con más *income* o más status en el sitio era fundamental para recibir una respuesta.

SA me mostraba a Daddies de todo el mundo, pero preferencialmente de Capital Federal. Cuando emprendí la búsqueda de un Sugar no tenía muy en claro qué estaba dispuesta a hacer, lo único que sabía con certeza era que no quería uno de Córdoba. Había algo en el acento cordobés de un tipo de más de 40 años que me resultaba muy deserotizante. Yo quería aventura y mi ciudad, con todos sus peligros y problemas de adaptación, no se me presentaba como el espacio urbano idóneo para andar con un extraño del internet. A la hora de *settear* mi ubicación me vino a la mente la siguiente idea: la posibilidad de morir bajo la urbanización de mierda de Córdoba ya era un factor

de riesgo a considerar todos los días; conocer a un extraño por internet era otro riesgo, hacer todo eso en esta ciudad era desafiar a las probabilidades de fatalidad que, por lo general, no jugaban muy a mi favor. Además, ¿Qué mejor ciudad para la aventura que Buenos Aires, Lucretina?

Manuel no tenía pretensiones. Su descripción decía que vivía en San Fernando, que tenía un tractor amarillo y que se dedicaba a los dibujos animados. De repente fantaseé con la idea de estar chamuyándome a un animador re cool que fuera la mente maestra detrás de alguno de mis dibujos favoritos. Terminaba su descripción diciendo algo como "me entusiasma la idea de ver caer al patriarcado". Me reí y anoté mentalmente ese dato, la historia se servía para mi futura performance como un guión terminado. En el campo "qué estoy buscando" escribió la definición de serendipia[4]. Me hacía bosta el nivel de poesía que le metía a su perfil. Pensé un rato qué responderle. Entré de vuelta al perfil, no tenía más que esa foto. Estaba serio, aunque su semblante no parecía el de una persona muy adulta, mucho menos seria. Levantaba una mano de forma incómoda, como saludando a la cámara, con los dedos muy separados. Parecía Ricky Bobby sin saber qué hacer con las manos cuando lo ponchaba la cámara.

En toda su torpeza me cayó bien, no estoy segura de por qué, me dio la sensación de que no quería chamuyarme, pensamiento algo ridículo dado que los dos estábamos en un sitio de citas. Le respondí lo mismo que a los otros tipos que habían arrancado con la misma pregunta:

---

[4] descubrimiento o hallazgo afortunado, valioso e inesperado que se produce de manera accidental o casual, o cuando se está buscando una cosa distinta.

“Es literal. Sé que es una apuesta fuerte, pero al final atrae a la gente correcta”. Tardó unos segundos en responder y finalmente escribió: “Supongo que somos todos lisiadxs, pero algunxs mas que otrxs”.

Lo último que me esperaba era un Daddy que quiera ver caer al patriarcado y me hablara en lenguaje inclusivo. En ese momento me di cuenta de que la mejor forma de abordar a este sujeto iba a ser metiendo todo el chamuyo que la carrera de Letras Modernas me había dado. Le respondí que, dentro de la literalidad de mi encabezado, quería creer que era la lisiada más cool que podía ser. Me dijo que no se le ocurría nada más cool que una lisiada cool. Esta conversación no tenía un puto sentido, pero el ritmo con el que la conversación fluía hacía todo más excitante. Ningún Daddy me había respondido ni tanto, ni tan rápido. Ya que estábamos hablando con palabras completamente vacías terminé la conversación escribiendo: “en las fronteras reside mi encanto, ¿hablamos por whatsapp?”

– Lucretina, ¿qué te pasa? ¿Vos querés que te maten, boluda? – me dije a mí misma.

La voz de mi autopreservación no era ni muy común, ni muy influyente en mi accionar, especialmente en lo que respectaba a conocer a chabones por internet. Lo hacía hace mucho y consideraba que tenía una percepción lo suficientemente aguda como para detectar potenciales psicópatas. Sin embargo, todo el asunto de los hombres mayores me era ajeno. Lo más cerca que había estado de salir con un hombre mayor había sido con mi ex novio quien me llevaba 7 años. Manuel era 17 años más grande que yo.

Pasaron unos 5 minutos y me llegó un mensaje por Whatsapp: “Contame, cuáles son tus sueños” me escribió el muy salame. Me resultaba muy graciosa la cantidad de energía que ambos poníamos en no ser el Sugar Daddy y la Sugar Baby por definición. Cada vez

que le escribía me esforzaba por ser esta chica super elocuente e intelectual, que definitivamente había tenido que haber llegado a ese sitio de Satán por error. Manuel hacía lo mismo. Me preguntaba cosas sobre mi vida, sobre mis sueños y objetivos. Cherry me había dicho que muchos Daddies tienen esta fantasía de ser mentores, de ayudarte a cumplir tus metas, invertir en vos. Al principio pensé que era eso, pero mientras más se desenvolvían nuestras conversaciones más me daba cuenta de que Manuel no se consideraba parámetro de nada.

Pasaron 3 días hasta que me llamó por teléfono. Siempre me gustó el acento porteño. Él tenía una forma de hablar que me resultaba profundamente atractiva. Hablábamos 24/7 y a mí me entusiasmaba la idea de tener a esta persona acompañándome en las tareas de la vida diaria. Me mandó 3 fotos. En todas parecía una persona distinta. Me di cuenta de que estaba medio pelado, tenía unas entradas bastante pronunciadas y se le podía ver el cuero cabelludo asomándose por su coronilla. Un día después de nuestra primera llamada activamos la cámara. Ciertos aspectos de la conectividad millenial eran un misterio para Manuel, y a mí me causaba mucha ternura verlo poner la cámara del teléfono en un ángulo contra picado, sin tener la menor idea de lo que yo, como buena hija del 2000 tenía tan en claro. Le conté de mis planes de ir a Capital en unos días.

- Voy a ir a un recital y a visitar a mi amiga Cherry que vive allá – dije.

- ¿Querés que nos veamos? Me respondió – podés venir con tu amiga Cherry, las invito a las dos a cenar o a donde ustedes quieran.

Lo medité un momento. Finalmente respondí:

- Podemos vernos, no es necesario que vaya Cherry. Arreglamos cuando esté allá.

Los días siguientes me dediqué a organizar cosas del viaje. Seguimos hablando con el mismo ritmo, teníamos muchas ganas de vernos. Yo estaba nerviosa, pero ver su cara unida su voz, a través de la videollamada, me generaba cierta familiaridad que me tranquilizaba bastante. El día de mi vuelo también me llamó por teléfono. Me dijo que había hablado con unos amigos y nos había conseguido a Cherry y a mí unos pases VIP para el Lolla. Mucho más que la idea de que tuviera guita me gustaba el nivel de *namedropping* que Manuel manejaba. Se lo hacía saber y él se avergonzaba. Me decía que era un viejo pelado y fanfarrón, y me pedía disculpas. Yo me reía y le respondía que se deje de hacer el desentendido: "es obvio que usas tus contactos para levantarte a una pobre lisiadita del interior".

Hacerme la putita era algo que tenía ampliamente dominado con los hombres, especialmente en estas relaciones que empiezan online, aunque Manuel no cazaba demasiado mis indirectas y yo tampoco insistía mucho. Me daba miedo prometer cosas y luego no poder cumplirlas, o verlo en persona y sentir que me estaba por garchar a un amigo de mi viejo. En realidad, ahora me doy cuenta de que Manuel jamás podría haber sido un amigo de mi viejo. Este tipo estaba en las antípodas de mi padre. Era un publicista de 42 años que buscaba alejarse del mundo del *advertising* para migrar al mundo del arte. Me encantaba escucharlo hablar de su carrera, que me mandara *screenshots* de lo que estaba dibujando, que me hiciera partícipe. En Manuel convivían dos fuerzas que, a simple vista podrían parecer opuestas, pero al observarlo de cerca, conformaban ese equilibrio caótico que tanto lo caracterizaba, y del cual él tanto renegaba. Era un tipo que me hablaba de los beneficios de la dieta macrobiótica y de cómo no comía salmón porque venía lleno de hormonas, y que de repente, tomaba merca un martes a la noche. Me fascinaba verlo en esta dualidad constante, tan típica

de publicista de la capital, moviéndose por los márgenes de una vida llena de micro excesos. Pero Manuel también era una buena persona, un sensible.

Llegué a Capital en el último vuelo. Habíamos quedado en vernos ese día a la noche, pero un compromiso de último momento nos obligó a patear la cita para mi penúltima noche en Buenos Aires. Ese domingo me dijo que llegaba a su casa, se bañaba y estaba listo para vernos. Yo me había ido a almorzar a lo de una tía en Ramos Mejía, y aguardaba la confirmación del Daddy para volver a Capital. Hacía frío. Yo estaba vestida con un jean azul claro, zapatos bordó de punta y una camisa de escote profundo que mostraba el lunar que tengo en el medio del plexo. Se hicieron las 7 de la tarde, Manuel me avisaba que ya estaba en Capital mientras yo le pedía a mi tía que me alcanzara a Caballito, a donde me estaba alojando. No nos vimos hasta las 9 de la noche, naturalmente estaba todo cerrado. Manuel me había ofrecido elegir el lugar. Le pregunté a mi prima, la dueña del departamento a donde me estaba quedando, qué podía estar abierto a esa hora por ahí cerca. No quería que sea muy lejos, además teníamos un Burger King a 3 cuadras, perfecto por si tenía que ir al baño. Los baños de Burger King eran mis aliados siempre que iba a un bar, el cual seguramente no iba a estar adaptado. Me preparé para el encuentro. Me tenía muy nerviosa el asunto, pero escucharle la voz a Manuel en algún audio viejo me devolvía la tranquilidad. Bajé hasta el palier. Miré mi teléfono. Su último mensaje decía que iba en camino en un taxi y calculaba llegar en 20 minutos. Empecé a dar vueltas con la silla. Crucé la calle y me metí en el hall de entrada de un edificio de en frente. Desde mi escondite podía ver la fachada del departamento de mi prima. Quería verlo yo antes de que él me viera a mí. Habían pasado unos 15 minutos cuando vi frenar un taxi frente a la esquina donde lo había citado. Me asomé un poco y escuché detrás de mí una voz que decía: “disculpá, me dejás pasar?” A mis espaldas una señora en silla

de ruedas y un hombre de unos 40 años intentaban salir del edificio, cuya entrada yo estaba bloqueando en mi pantomima de inspector *Gadget*. Salí con ellos y crucé la calle de nuevo. Manuel estaba parado en la vereda buscándome con la mirada, le tomó unos segundos reconocerme. Me acerqué y me saludó con un beso en la mejilla. Estaba vestido todo de negro. Llevaba un suéter, jeans gastados y un sobretodo. Hicimos una cuadra charlando y al llegar a la esquina él se acercó un paso y me abrazó. Me preguntó si tenía frío. Estaba muerta de frío. La camisa que llevaba no podía usarse con corpiño así que tenía los pezones como dos cortavidrios. Llegamos al bar y nos sentamos. La conversación fluida que habíamos tenido durante toda la semana no tardó en llegar. El chabón era muy agradable, me gustaba, era ameno y tenía una risa contagiosa. Le dije que tenía algo para él, y saqué de mi carterita un cómic de Pedro Mancini[5]. Adentro tenía una dedicatoria que decía: Manuel, que este libro recuerde que nos conocimos por SA. Se lo di y nos reímos. Pasada la hora del encuentro me dieron ganas de ir al baño. Le expliqué mi plan.

- Voy al baño del Burger y vengo – dije.

Él se ofreció a acompañarme, pero yo insistí en que se quede. Tardé unos 20 minutos, el baño estaba ocupado. Al volver decidí acomodarme en el lateral de la mesa en vez de al frente. Apoyaba mi cabeza en mi mano y me inclinaba ligeramente hacia adelante. Manuel me gustaba. Ocasionalmente me rozaba una rodilla o me tocaba el brazo al reírse de un chiste. Pasaron unos 10 minutos hasta que me besó. Fue de la nada, me gustó, pero me agarró desprevenida. Me dijo que hacía mucho tiempo quería hacer eso, yo no dije nada y me incliné hacia adelante para que lo volviera a hacer. Tenía una barba

[5] Historietista bonaerense publicado por el colectivo editorial Prende Fuego

suave y corta. Me corría el pelo de la cara y me chapaba con la lengua, como un chaboncito común, como si no fuera un viejo. Estábamos a 2 metros de la puerta apretando como dos adolescentes. A mí no me importaba. Estar con él me hacía sentir que estaba con alguien importante y que nadie nos iba a cuestionar. Cómo si la gente reconociera a este tipo de jean y remera, como si todos supieran que tiene plata y es amigo de gente famosa. Me divertía imaginar que nuestro mozo estuviera pensando: "¿qué carajo hace este viejo con esta lisiada?".

Entre beso y beso me inclinaba, y mi escote se abombaba un poco. Me acerqué para besar a Manuel y él me detuvo levantando una tira de mi camisa. "¿Me viste un pezón?" Le pregunté. Me dijo que sí, acto seguido enganchó un dedo en mi escote y se acercó a verme el torso desnudo. Nos reímos. Me excitó profundamente que lo hiciera. Nuestro mozo se acercó para informarnos que estaban cerrando. Me preguntó si quería ir a un hotel, le dije que podría ser. No me daba miedo terminar teniendo sexo. Me preguntó si había llevado mi dni. Le dije que no. "Puta madre -dijo- yo tampoco lo traje". La noche nos encontró como a dos adolescentes, deseosos el uno del otro sin tener un lugar a dónde garchar. Nos entregamos a las calles de Caballito y deambulamos un largo rato. Cada tanto parábamos a sentarnos en un banquito de concreto para seguir chapando. Nos daba gracia estar en esa situación, parecía tan ridícula, tan anti SA. Me preguntó si podía quedarme un poco más, cambiar mi vuelo. Le dije que no, era imposible. "Entonces vení en Semana Santa, ¿tenés algún plan?", me dijo. Le respondí que lo iba a pensar y le avisaba.

Caminamos de vuelta al departamento, me ayudó a entrar y apretamos un rato más en el hall del edificio. Manuel se trepaba un poco a mi silla, frotaba ligeramente su

entrepierna contra mis rodillas. Yo me dejaba y sacaba pecho para que se trasparentaran mis pezones. Ya que me estaba cagando de frío que por lo menos sirviera de algo.

Se hicieron las 2 de la mañana. Tenía que subir, me estaba muriendo de ganas de ir al baño de nuevo, y ya no había tanto más que pudiéramos hacer ahí. Nos despedimos. Esa noche dormí vestida, estaba exhausta. Le envié un mensaje a mi amiga Agustina con copia a Cherry:

- No morí.

Era crucial bañarme en el último minuto porque no sabía si iba a poder hacer-lo tranquila en el depar-tamento.

Era crucial bañarme en el último minuto porque no sabía si iba a poder hacerlo tranquila en el departamento. Siempre me acompleja el tema de los baños. Un buen baño es sinónimo de tranquilidad. La única condición que le había puesto a Manuel, era que me alquilara un asiento para la bañera y un andador. El Daddy no tuvo problema, insistía en que yo me sienta cómoda, sin embargo, muchos de los obstáculos que poblaban su departamento eran ajenos a su percepción. Manuel tenía esta filosofía de "lo resolvemos sobre la marcha" que yo detestaba. Dentro de toda la locura que era escaparme una semana a lo de un desconocido de 40 años del internet, yo necesitaba una certeza, y mi certeza era el baño.

Nos decidimos a la visita unas dos semanas antes. Yo le había ofrecido viajar por una lowcost, Manuel quería pagar. Saqué el boleto sin intenciones de recibir plata de él. En retrospectiva, creo que ninguno de los dos estaba cómodo con el asunto de la dinámica Baby/Daddy, pero este aspecto de la relación era difícil de discutir. Yo, fiel a mi estilo,

amaba dármela de *working girl* que sólo hace esto por hobby, y a él le gustaba verme desenvuelta en mi rol de inválida empoderada. Cuando tuve el pasaje le escribí a Cherry: “Che boluda, voy a lo del Daddy. Igual re nos vamos a ver, lo 100to Manuel </3[6]”

Me emocionaba la idea de pasar más tiempo con Cherry. A ella la había conocido por Instagram unos meses atrás. Cherry era puta, feminista y activista del movimiento body positive[7]. Me gustaba responderle las *instastories*, había algo en ella que me parecía muy gracioso y a la vez trágico. La realidad es que todo empezó con Cherry y su Daddy. La primera vez que me contó sobre el señor B quedé fascinada con la idea, pero nunca se me ocurrió estar en la misma situación que ella, y supongo que nunca realmente lo estuve. Podría pensarse que tener un Sugar Daddy y ser feminista era algo completamente contradictorio, entonces aparecía Cherry y te tapaba la jeta. A menudo hablábamos de mi relación con Manuel y yo le decía que no podía aceptarle plata al tipo, que era muy orgullosa, que me era imposible. Ella se exasperaba y me respondía que estaba en todo mi derecho:

- Estúpida, ¡sacale algo al chabón este! No se…que te pague cosas. Te aviso que si en este viaje no le sacas nada me voy a sentir personalmente ofendida.

Creo que no aceptar plata era darle una dosis de realidad al asunto, era interrumpir el simulacro de Mujer Bonita que tomaba lugar en la hermosa y accesible Buenos Aires. A mí me hacía menos la prostituta en busca de la buena vida con el tipo de la Capital, y a él, menos el viejo verde en busca de pibitas a las cuáles impresionar. Yo era una extraña en todo ese asunto, ambos fingíamos que las posibilidades estaban ahí y era lindo.

---

[6] Forma escrita de emoticón de corazón roto.

[7] Movimiento que promueve la aceptación del cuerpo y el amor propio.

Con Cherry también hablaba de esto, le contaba en audios de 3 minutos cómo detestaba Córdoba, lo aislada que me hacía sentir y la tristeza que me daba dejar Buenos Aires. Me daba gracia haberlos conocido a ambos al mismo tiempo. Ellos eran muy distintos, pero tenían algo extremadamente similar, algo que yo admiraba: ambos habían abrazado las posibilidades de sus respectivas vidas.

La primera vez que vi a Cherry en vivo estaba en toallón, mojada y con el maquillaje corrido. Escuchaba a Lana del Rey en su baño, mientras yo la esperaba sacándole charla a su novio Rayo. Ambos compartían un departamento en la zona de Retiro, era un edificio antiguo con detalles que de lejos parecían lujosos. Los techos eran altos y las aberturas de madera oscura. El ascensor estaba forrado de una moldería barnizada color ocre, y en el medio se suspendía un espejo percudido. Fue un verdadero operativo meter la *lisi* ahí adentro. Bajó a abrirme Rayo. Era bajito y rubio. Tenía una voz suave y acento marplatense. Llevaba unas medias altas, shorts tiro alto y una remera manga corta.

- Pasá, Cherry se está bañando – me dijo.
- Qué raro la culiada – respondí yo. Quería sellar mi amistad con estas personas.

Cuando cruzaba el hall del edificio me di cuenta de algo importante: éstos eran mis primeros amigos en Capital. Me emocioné por un momento. Imaginé visitar ese departamento en repetidas ocasiones, dominar el tetris que era sacar los pedales para meterme en el ascensor, y deslizar las ruedas traseras para que cierre la puerta. Me imaginé quedándome a dormir y pidiendo comida por Pedidos Ya.

Cuando llegamos al piso que alojaba a mi amiga volví a la realidad. Cherry se iba a ir, Rayo se volvía a Mar del Plata e iban a abandonar el departamento. Ella me había contado de sus planes para verse con el señor B en Barcelona, su viaje empezaba en

aproximadamente 1 mes. Me invadió un sentimiento de tristeza al darme cuenta de que iba a conocer a mi amiga de Instagram, a mi única amiga de la Capital, pero posiblemente no iba a volver a verla hasta dentro de muchos meses.

Cruzamos un pasillo angosto, peligrosamente cercano a la escalera. El piso era marrón claro, antiguo, plagado de mini pocitos producto del desgaste de los usuarios. Al abrir la puerta me cacheteó un olor a madera, libros viejos y cajas de cartón. En las esquinas del living se elevaban pequeños montículos de revistas y libros de hojas amarillentas. Una mesa de trabajo se posicionaba del lado izquierdo con recortes de madera, una mesa de cocina del lado derecho. Ante mí se manifestaba ese caos teñido de emoción que implica una mudanza. *Born to die* sonaba de fondo, y un alarido tenue acompañaba algunos versos del coro. Era Cherry que cantaba al unísono con la verdadera *santa de los Sugar Daddies*. La situación me resultó particularmente graciosa, solté una risita y me quedé charlando con Rayo de cosas misceláneas.

Pasaron unos 20 minutos hasta que se nos unió Cherry. Recuerdo haber pensado que era más bajita de lo que me imaginaba. Nos abrazamos, su pelo de colores medio desteñido, me mojó ligeramente la campera bomber que llevaba puesta. Acto seguido se sentó a mi lado a picotear una ensaladita de repollo y legumbres que Rayo le había preparado. Charlamos una media hora. Mientras les contaba sobre la licencia que me había tomado por un accidente laboral unas semanas antes de ir a Capital, Cherry se maquillaba y Rayo la observaba hipnotizado. Cada tanto tiraba un comentario de admiración, o un “algún día me quiero aprender a maquillar así”.

Yo había quedado en ir a buscar a mi amiga para irnos juntas al Lolla. Ella había retirado mi entrada y la estación de tren nos quedaba más cerca de su casa que de la mía, bueno no la MÍA *Yaki Siera*, [8]la de mi prima que se copaba para alojarme de vez en cuando.

Salimos para Retiro. La calle del edificio de Cherry tenía pequeños desniveles que, causaban mini atropellos cuando intentaba pasarles por arriba con la *lisi*. Pasé uno grande y me di cuenta de que me estaba meando. Le dije a Cherry que buscáramos un Starbucks para que yo pudiera ir al baño. En más de una ocasión los Starbucks de Córdoba me habían salvado las papas de una tragedia incontinente. Entramos a uno que estaba a unas 4 cuadras de lo de mi amiga. Yo pasé directo al baño. La espalda me molestaba. La lesión que tenía me había dejado inhabilitada la zona lumbar de manera sustancial. Me costaba pararme y me dolía como la puta madre. Eran necesarias las barandas que, por reglamentación, lugares como Strabucks tienen. Me incorporé con dificultad y me senté en el inodoro. Cada movimiento era cuidadoso, necesitaba apoyarme sobre cosas firmes ya que la mayor parte de la fuerza (y descarga de peso) tenía que hacerla con los brazos. Estuve sentada un momento contemplando la situación: "Espero que el viejo me lleve a un lugar accesible por Dios. Nada de esas mierdas de lugares escondidos que tienen 'el mejor no sé qué, pero nadie sabe que existe'", pensé.

Miré la hora en mi teléfono, eran cerca de las 4 de la tarde. Me levanté con cuidado y noté que la baranda del lado derecho estaba un poco floja. Decidí apoyarme en una jabonera empostrada en la pared y me levanté los pantalones. En el momento en el que estaba pegando el último tironcito, la jabonera se desprendió completamente y cayó al

[8] Referencia a la frase "ya quisiera".

piso, abriéndose la tapa y desparramando por todo el baño una película azul claro. Me quedé inmóvil por un momento. Hice un paso poniendo especial cuidado en no irme a la concha de mi vieja. Giré y me senté. Estuve ahí durante unos segundos, contemplando el quilombo que había dejado en el inmaculado baño del local. Saqué mi teléfono de la campera y le escribí a Cherry.

- Che… - dije.
- ¿Que? – Me respondió – ¿qué tanto hacés ahí adentro, Boluda?

Abrí la cámara y saqué una foto de la escena del crimen. La envié. Un "JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA" me llegó por Whastapp.

- ¡¿Boluda que hiciste?!, dijo Cherry.

Nos empezamos a reír. Yo escuchaba las carcajadas ahogadas del otro lado de la puerta. Resolvimos tomarnos el palo. Al tratar de abrir la puerta me di cuenta de que estaba medio trabada. Los zapatos, bañados en jabón, se me resbalaban de los apoyapiés. Le mandé otro mensaje a mi amiga diciendo que no podía salir. Cherry estalló. Forzamos un poco la traba hasta que logramos abrirla. Un rastro de jabón líquido azul marcaba nuestro escape. Nos reímos a carcajadas sonoras hasta llegar a la estación de Retiro. En el camino a San Isidro, mientras nos apretujábamos con cientos de personas que compartían nuestro destino, pensé que pasar vergüenza juntas en ese local, era lo que, en realidad, había sellado mi primera amistad en la Capital. De repente, no tener el departamento de Cherry en mis direcciones frecuentes de Pedidos Ya, ya no me parecía tan importante.

. . .

Eran las 12 del día previo a mi segundo viaje. Estaba en el Centro, hacía un calor infernal. Me había puesto como objetivo comprar una bata de toalla. Resolví que, si mi espalda me fallaba y pasaba al piso en bolas estando en lo de Manuel, al menos iba a tener algo con lo que taparme y hacer un poco menos patética la situación.

El Centro de Córdoba era el espacio urbano menos pensado para una silla de ruedas. Las veredas eran angostas y estaban llenas de pozos, difícilmente eligiera subir a una. Lo más conveniente era ir por la calle. El problema radicaba en la molesta pero constante costumbre de los utilitarios de carga de estacionarse en doble fila, imposibilitando el paso arriba y debajo de la vereda.

Ir al Centro me ponía de malhumor, buscar la bata me ponía de malhumor, la espalda chivando el respaldo me ponía de malhumor. Decidí dedicarle una hora más al asunto y proseguir con mi día, aún tenía muchas cosas que hacer. Rosario me había invitado a revolver su placar en busca de cosas que quisiera llevar para usar en lo del Daddy. Tenía que tomar el 13. Me consoló la idea de tener un trayecto un poco menor hasta Arguello partiendo desde Plaza San Martín. El viaje hasta lo de mi amiga, en pleno mediodía, iba a ser un infierno.

Terminé mis compras cargada de bolsas y me dirigí a la parada. Ya no estaba nerviosa. El cansancio me había ganado y tenía varias preocupaciones relacionadas a la logística de llegar al aeropuerto que me tenían más preocupada. Mi vuelo partía a las 19:30, el check in lo tenía que hacer a las 5 de la tarde. Viajar en avión siempre era un parto y, en esta ocasión era la primera vez que iba a viajar por esa aerolínea. Para llegar al aeropuerto tenía que salir un rato antes, tomar el Airbus que tenía parada cada media hora en la nueva terminal de colectivos, y llegar hasta la E53. Nunca había hecho el

trayecto hasta la terminal sola. Abrí el Maps y posicioné mi dedo en la terminal nueva para calcular la distancia. 45 minutos. En este punto tenía que ser precisa. No podía llegar tarde y tener que esperar media hora al próximo, era mucho tiempo muerto y temía no cumplir con el horario del check in.

Interrumpió mis pensamientos el 13. Estiré la mano y el chofer acercó el bondi. Una señora de unos 60 años intentó empujar la silla, anclada al piso, inamovible sin el comando del joystick. Le agradecí el gesto con la cabeza. Ella se paraba atrás mío, no lo vio. A menudo la gente intentaba empujar la *lisi*. Me daba paja explicar que, si no estaba en modo manual no había forma de empujarla y que avance, pero notaba una insistencia constante de los transeúntes en ayudar a lisiados que no requerían ayuda.

Reanudé mis pensamientos una vez subida al bondi. El recorrido se me hizo medianamente corto, lo hice en una media hora. Escuchaba un EP de H.E.R en *loop*. Me obligaba a imaginar la situación de llegar al departamento de Manuel, hasta que me agarraba una sensación extraña en el estómago, ahí paraba y continuaba pensando en cosas más inmediatas.

Llegué a la casa de Rosario, ella me esperaba en el patio con su prima. Le estaba contando sobre el Daddy, sobre SA y sobre mi viaje. Tiré todas mis compras arriba de su cama y me uní a ellas. La tarde estaba calurosa, pero en ese momento sentí que la temperatura abrasadora del Centro asqueroso, forrado de asfalto, había disminuido. Un rato más tarde fuimos a la habitación. Mientras yo hurgaba en el ropero de Ro charlábamos sobre Manuel, su casa de San Fernando, sus amigos famosos. Yo me hacía un poco la superada, hablaba de todo como si fuera algo común para mí. Me pasaba

seguido intentar disimular mis inseguridades frente a mi amiga. Me servía, me daba un poco de seguridad contarle algo a Rosario y que ella no lo cuestionara tanto.

En el medio de nuestra tertulia tan siglo XXI, comenzó a sonar mi teléfono. Era Manuel, había conseguido las cosas de la ortopedia. Sentí un gran alivio. Pensé para mis adentros que tenía un poco más de control sobre la situación, lo que me permitió fanfarronear un poco más delante de mi amiga. De a momentos, entendía que mis fanfarronerías neutralizaban ligeramente los comentarios fatalistas de Rosario. Apiñamos todo en dos bolsas y su prima me las colgó en las manijas de la silla. Volví a mi casa en el 13 de las 7 de la tarde.

El otro día llegó rápido y me encontró relativamente organizada. Mi bolso estaba hecho, la batería de la silla cargada y sorprendentemente seguía sin estar nerviosa. Eran las 10 de la mañana. Me dediqué a ultimar detalles: ordené un poco mi casa, pensé en encontrarla limpia a la vuelta. Lo consideraba "adulto" de mi parte. Se hicieron las 3 de la tarde. Salí de mi casa. Llevaba un bolso de tira larga que se suspendía entre las manijas de la *lisi*. Tenía que evitar baches y desniveles pronunciados más de lo normal. Bajaba a las chapas por la Santiago Cáceres, me preocupaba profundamente el tema del colectivo. Mi miedo radicaba en el tiempo que le iba a tomar al Airbus llegar hasta la terminal. Una hora antes de salir de mi casa había llamado a mi mamá para consultarle sobre ese bondi. Ella me explicó de dónde salía (yo tenía esta información hace rato pero no quería interrumpirla), cuánto salía, y había hecho especial hincapié en que ese colectivo sí tenía rampa.

- Quedate tranquila, en 40 minutos llegás bien – me dijo.

Hablar con mi mamá de cuestiones logísticas me dejaba tranquilizaba. Sin embargo, yo sabía que no había ningún tipo de posibilidad de que un colectivo que cruzaba todo el centro a las 4 de la tarde, fuera a llegar en 40 minutos al aeropuerto.

Seguí bajando por la calle de mi casa. Iba incómoda. Sentía el bolso meciéndose detrás de mí, como un bebé gigante. El cargador de la batería era lo más pesado, odiaba tener que llevarlo. Crucé la calle y seguí por una cortada. A 50 metros había dos policías compartiendo una botella de Pritty. Hice unos metros más y sentí todo el peso de mi bolso desplomarse sobre la rueda izquierda trasera. Tenía miedo de romper la tira. Uno de los policías me vio e hizo un gesto con la cabeza, yo lo llamé con las manos. El otro policía se percató de la situación y también se acercó.

- ¿Qué pasó, Flaqui? – dijo advirtiendo de manera instantánea que el bolso me estaba trabando una rueda – Pará, quédate quieta – Prosiguió.

El policía descolgó mi carga y lo volvió a colocar sobre las manijas, esta vez haciendo un doble giro en cada una para asegurar mejor el peso. El otro miraba a unos metros, desviando sus ojos de cuando en cuando para chequear su teléfono. Les agradecí y seguí viaje. El bolso se sentía mejor, ya no se tambaleaba tanto. Me puse un auricular y emprendí la parte más paja del recorrido, pensando en que en unas horas iba a estar llegando a Capital. Me gustaba pensar que la ciudad, independientemente de a lo que fuera, me preparaba una aventura marcada por algún evento que seguro iba a salir mal, y que luego se iba a resolver solo, de la forma más inesperada y mágica. A menudo sentía que Buenos Aires quería que yo contara historias sobre lo mágica que era.

El camino se me hizo relativamente corto. Mientras andaba las calles de Nueva Córdoba intentaba hacer la cuenta de la cantidad de veces que había visitado la ciudad,

vinculando cada una a distintos eventos. Me daba cuenta de que las anécdotas se me mezclaban, y que mis peripecias en Capital se habían convertido en una especie de *continum* que se reanudaba cada vez que volvía.

Llegué a la terminal nueva. Tomé el ascensor y bajé a la zona de las plataformas. Un puñado de choferes almorzaban sentados en un banco largo. Me acerqué y les pregunté a dónde paraba el Airbus. El que estaba sentado en la punta más próxima a mí, se levantó y caminó unos pasos en mi dirección. En una mano llevaba un pebete de salame y en la otra una botella de gaseosa. Se pasó de mano la botella y con la otra me tocó el hombro.

- Viniste con la gente correcta, amiga – comenzó – acá nosotros tenemos toda la inf… – De repente otro chofer lo interrumpió y dijo elevando la voz – La plataforma 16, flaca.

El primer chofer se dio vuelta y gritó

– Eh, loco estoy explicándole a la chica - Yo volví a prender la silla y encaré para las plataformas.

Tiré un "gracias" general y me alejé del murmullo de los choferes. En la plataforma 16 descansaba un colectivo piso bajo de Ersa[9]. No eran comunes los piso bajo en esa línea de colectivos, de hecho sólo me había tomado un Ersa en el pasado: el 29, que era piso alto. Los piso alto son colectivos que representan la mayoría de la flota de todas las empresas de transporte de Córdoba. La única manera de subir a uno de esos bondis era con una rampa hidráulica. Este sistema estaba lleno de problemas, el principal era la falta de seguridad que presentaban las rampas. No tenían ninguna traba que asegurara

[9] Empresa de colectivos de la ciudad de Córdoba.

la silla cuando se comenzaba a elevar, por lo que uno podía sufrir una caída de más de un metro y medio de altura en el proceso de subirse. Tampoco tenían un lugar dentro del colectivo para asegurar la silla, y el piso, cuyas vibraciones eran considerablemente superiores a las de un piso bajo, hacían que la *lisi* te baile como arriba de un zamba.

Mis peleas con el sistema de transporte de la ciudad habían empezado cuando cambié la *lisi*. Antes no sabía lo que era tomar un colectivo, me había manejado a diestra y siniestra en taxi. Supongo que muchas cosas cambiaron desde la primera vez que me senté en la *lisi*. La ciudad y mi percepción de ella. Notaba que me enojaba más, que la ciudad se había vuelto un lugar en el que detestaba estar. Buenos Aires se elevaba en el tedio constante en el Córdoba se había convertido, para darme unos ratos de felicidad. Yo ya estaba harta de trenzarme con los colectiveros, y especialmente con las empresas de transporte, pero no tenía otra opción para llegar al aeropuerto.

Me posicioné al lado del Airbus, no había nadie arriba. Las puertas estaban cerradas y el puesto del chofer vacío. Me impacienté, eran las 4 y cuarto de la tarde. El colectivo tenía que salir en 15 minutos, pero yo no veía a nadie cerca, no había otros pasajeros haciendo cola, ni conductores esperando para cambiar de turno. Di un par de vueltas, detrás de mí un hombre vestido con pantalones negros y camisa blanca bordada con un logo rojo y negro me tocó el hombro y me preguntó si iba a subir. Era el chofer. Le dije que sí y me acerqué a la puerta del medio. Los piso bajo tenían una puerta adicional al medio del vehículo. Una rampa de madera se desplegaba por debajo de la puerta. Subí las ruedas delanteras y le pedí al hombre que se parara detrás de mí. Tenía miedo de darme vuelta. Nunca me había pasado, pero más de una vez sentí que el equilibrio de la *lisi* se

me iba a la mierda cuando agarraba una rampa con mucho envión, especialmente estando muy cargada.

Tres pasajeros compartieron el viaje conmigo. A mi derecha un hombre fornido de barba llevaba unos headphones y leía un libro cuyo título no pude distinguir. Al frente un chico dormía con la boca abierta y la cabeza para atrás. A cada rato un sacudón del colectivo lo despertaba y el pasajero miraba para todos lados esperando que ninguno de los restantes notara su sobresalto. Completaba el colectivo una chica de unos 20 años sentada unas butacas más adelante del que se dormía. Yo venía midiendo el tiempo constantemente. Tenía miedo de no llegar al check in. Le escribí a Manuel. Le dije que era posible que perdiera el vuelo, pero que en el peor de los casos podía tomar el último de Aerolíneas. Me dijo que me quede tranquila, nada era tan terrible. Me ofusqué un poco. Me molestaba porque era algo que a menudo yo me repetía, pero no tenía el mismo efecto que cuando él me lo decía. Guardé el teléfono y me dije a mi misma que iba a llegar cuando tuviera que llegar.

Entré al aeropuerto a las 5 y media de la tarde. Un hombre negro de suéter amarillo se paraba detrás del mostrador. Me acerqué, medio cara dura, medio *playin' it cool*, y le entregué mi DNI. El hombre me sonrió y me dijo que el vuelo estaba un poco atrasado, pero que en breve podía pasar a la sala de embarques. Me retiré unos metros y volví a buscar el teléfono en mi bolsillo. Abrí la cámara y me saqué una *selfie*. Se la mandé a Manuel. A él le gustaban y a mí me encantaba que me lo dijera.

- Está todo bien acá - dije - al final si pasé.

El proceso desde que yo, ilusa inválida, hice el check in hasta que efectivamente me subí al avión duró 5 largas horas. Primero el aeropuerto había tenido una amenaza de

bomba, después la aerolínea no tenía protocolo para subir una silla de ruedas eléctrica al avión, finalmente Aeroparque no les daba turno de aterrizaje, y como *bonus track*, una vez que logramos llegar a Capital no tenían a donde estacionar el avión.

La realidad, sin embargo, fue qué si bien extender el proceso 5 horas fue una verdadera paja, un mensajerío inesperado me mantuvo ocupada largo rato. Era un tipo que había conocido por Tinder, Nicolás. Él era de un pueblo al sur de Villa María, lo que nos había dificultado las posibilidades de un encuentro casual. El chabón me había caído bien y en algún momento intercambiamos cuentas de Instagram. Pero por ese entonces yo ya estaba muy ocupada en mi idilio de Sugar Baby y no le había dado tanta cabida.

Nicolás era alto y muy flaco. Tenía una cabeza ruluda y ojos claros. Era un tipo que me resultaba atractivo. Yo le había mandado un par de *nudes*, cosa que no aseguraba un encuentro en el futuro, y habíamos hablado un par de veces. El mensaje vino en respuesta a una historia de Instagram, en la que yo comentaba el retraso de mi vuelo.

- ¿A dónde te vas? Estoy en Córdoba – me dijo.
- A Buenos Aires, ¿dónde más? – le respondí.
- Quedate, hagamos algo. Yo capaz en un rato me desocupo, no sé cuánto irá a tardar esto – replicó.

Le pregunté qué era "esto". Con absoluta naturalidad me dijo: "el funeral de mi abuela". Algo en la honestidad, o más bien la caradurez de este pibe, me cayó demasiado bien. Encima era lindo.

Mi cerebro se dividía un poco, era como que no podía procesar que me sintiera atraída al mismo tiempo por un viejo langa de la Capital, y por un pueblerino caradura del sur

de Villa María. Pero bueno, estaba aburrida, tenía para rato en el aeropuerto, y para colmo me había estado sacando unas *sefies* muy “reenviables”.

Bromeábamos sobre el hecho de estar chamuyando en el funeral de su abuela. Yo contrarrestaba lo bizarro de su contexto con el mío:

- Che, vos estarás pensarás que es muy de hijo de puta estar chamuyando con una minita en el funeral de tu abuela, pero yo estoy (no sólo dándote cabida), sino que me estoy yendo literalmente a ver a un viejo que conocí por internet – le dije.
- Boluda, mirá si se muere garchando y terminamos chamuyando de nuevo en el funeral del Sugar Daddy – me respondió.

Yo me estallaba con el chabón. Pensé un par de veces que, si el tipo hubiera tenido acento porteño, le daba hasta el año que viene. Pero no, yo estaba con la idea fija del publicista de Capital, cumbre de todos mis deseos, y “¡ay! Por Dios que no se muera garchando este guaso, por favor”.

Llegué a Capital Federal a las 11 y media de la noche. Estaba muerta de cansancio. Manuel me esperaba con la cena, pero yo aún tenía como 2 horas más para llegar hasta su casa. Le pregunté a dónde debería hacer el trasbordo. Sí o sí tenía que agarrar el 160 desde Aeroparque, y bajar en Plaza Italia. “De ahí agarrás el 39 que te deja en la puerta del departamento a dónde nos vamos a quedar. Además, lo podés tomar en el metrobús que está todo iluminado y pasa mucha gente”, me aconsejó.

Seguí sus instrucciones. Me bajé en la parada de la plaza e hice una cuadra hasta la dársena del metrobús. Había una cantidad considerable de gente para ser un miércoles a la 1 de la mañana. Subí la rampita iluminada por unos focos verdes, y me quedé al lado de la parada del 39. No pasaba más. Esperé unos 20 minutos, una eternidad para lo que

Buenos Aires me tenía acostumbrada, y lo vi pasar. Le pedí ayuda a unos chicos que estaban sentados en unas banquetitas a unos 3 metros de donde yo estaba. Subir al colectivo desde la dársena era una gilada, sólo tenías que hacer *willy* y yo la traccionaba desde el joystick. Una vez acomodada, el bondi arrancó. Abrí el mapa en mi teléfono y le avisé a Manuel que iba en camino. El chofer gritó:

- ¿A dónde se baja la chica?

Yo paniqueé un toque porque no me acordaba la dirección. Entré rápido a la conversación de Whatsapp y grité la intersección.

- Te lo tomaste mal flaca, me dijo una chica que venía al lado mío - vos tenés que tomarte el que va para provincia, no este - Finalizó.

Con mi mejor cara de pajuerana me bajé del bondi y volví a la dársena, esta vez del lado del frente.

Estaba ansiosa por ver a Manuel. Yo sabía que en el momento en el que lo viera mi incertidumbre se iba a resolver. Hacía varios días me había estado acomplejando la idea de no poder cumplir con mis promesas. Él no me había pedido nada. Yo no iba a Buenos Aires en corte *escort*. Pero la realidad es que al tipo lo había visto una sola vez. ¿Y si no me daban ganas de garchar? O peor, ¿Y si no me daban ganas de garchar, con él?

Yo sabía que Manuel no me iba a presionar, pero creía que iba a ser de lo más incómodo de mi vida ir a la casa de este señor, previamente habiéndome hecho re la putita, y que después no me pintara nada de eso. Mi automanagment mental se activó con una solución. Yo me imaginaba al automanagment como ese clip con ojitos que te aparece en el Word, pero con la voz de mi tía Alejandra.

- Bueno Lucretina, nadie te obliga a nada. Estás en Capital Federal, meca de los bondis adaptados, podés huir cuando quieras. Además, tenés el departamento de tu prima Bianca, o sino tranquilamente te podés ir a un hotel. Así que calmadita te ves más bonita.

La idea de siempre poder huir era un argumento que me repetía muy seguido. Se me ocurrió cuando empecé a salir con tipos en la *lisi*. Los minutos previos eran los peores porque yo siempre llegaba antes del horario citado y la espera se me hacía eterna. En esos minutos sufría del peor dolor de panza del mundo, me daba la taquicardia y el asma. Un cuestionario integral sobre mis decisiones de vida de mierda se extendía ante mí, como escrito en un papiro interminable:

¿Qué estás haciendo con tu vida Lucretina?, ¿Hasta cuándo vas a seguir conociendo gente por intenet?, ¿Tu objetivo en la vida es ser un cadáver en CSI, o no?, ¿Y si terminás alguna carrera para variar?, ¿Y u do dis?[10]

Era entonces cuando el clip de Word me recordaba que ahora tenía a la *lisi*. Ya no tenía que quedarme en ningún lugar en el que no quisiera estar. Podía tomarme el palo cuando se me cante.

- No le debés nada a nadie, Lucretina – me decía. Y yo bajaba 40 cambios.

Claro, esto no era una cita de Tinder cualquiera, este era el señor Sugar Daddy, lo que sumaba una presión adicional.

Interrumpió mis pensamientos una urgencia fisiológica inesperada. Me estaba meando de nuevo. Afortunadamente el 39 correcto no tardó tanto en llegar. Me subí e intenté no pensar en eso. El viaje era corto hasta la intersección del departamento del Daddy.

---

[10] Forma coloquial que hace referencia a la frase en inglés: “Why you do this?”, “¿Por qué hacés esto?”.

Yo, como siempre, seguía con mi teléfono el recorrido. Le mandé un mensaje a Manuel para que me espere abajo. El edificio parecía viejo, y yo tenía un poco de terror de no entrar en el ascensor. Siempre podíamos subir en dos tandas, pero el nivel de incontinencia que estaba manejando me ponía muy nerviosa, y necesitaba hacer el trámite lo más rápido posible.

Bajé del 39. Hice unas cuadras. Frené. Me di cuenta de que estaba yendo en la dirección exactamente opuesta. Di media vuelta y comprobé que el puntito azul se estuviera acercando al destino y no alejando. La silla se movía un poco más lento de lo habitual, no por la falta de batería, sino porque venía cargada con un bolso, la mochila y el cargador (que pesa alrededor de 6 kilos).

Estaba agotada. Eran cerca de las 2 de la mañana. Mi cuerpo necesitaba estar a 180°. Los músculos de la espalda me tiraban cuando me inclinaba para adelante, y los ojos me ardían de tanto estar despierta. Mientras buscaba numeraciones divisé a lo lejos una silueta. Estaba parado en la esquina opuesta, me esperaba del otro lado. Le vi la espalda y lo reconocí. Grité "¡Manu!" y se dio vuelta. Yo llegué primero a la puerta del edificio y lo vi acercarse con una sonrisa en la cara.

- Pensé que venías del otro lado – me gritó.

Me acerqué despacito con la silla, como para no quedarme quieta. Sin detener la inercia de su caminata, Manuel me envolvió el cuerpo por los hombros con sus brazos, se agachó ligeramente y me dio un beso en la boca. Nuestros abrazos eran extraños porque mi cabeza daba a su panza, ligeramente salida, y cualquiera que nos viera bien podría pensar que el señor era mi tío o algún conocido simpático y protector. Sin embargo, en

nuestro código interno (y sin importar a dónde diera mi cabeza) eran abrazos cargados de cariño, pero también de erotismo.

- ¿Cómo estás, Lucretina? – me preguntó con afecto.
- Bien, alimentame y dame una cama por favor – le respondí.

Subimos al hall de entrada del edificio de Belgrano. Había dos escaloncitos forrados en granito. Para poder subir yo tenía que sacar los apoyapiés, acercarme todo lo posible al primer escalón, Manuel hacía *willy*, y después pechaba. Yo, traccionaba las ruedas traseras. Para entrar al ascensor era lo mismo. Sacaba los apoyapiés y así entrábamos los dos. Era un verdadero trabajo en equipo.

Llegamos a su piso. Le dije que me venía aguantando las ganas de hacer pis desde el 39 y pasé al baño. Mientras me lavaba las manos, escuchaba del otro lado un jazz suave que no había notado cuando apenas entré. Quizás había estado sonando de antes, pero yo estaba tan ocupada en no mearme al frente del chabón que no me di cuenta. Cuando salí el Daddy estaba parado en el medio del living comedor. Era un departamento muy lindo. Pequeño pero acogedor. Un par de luces cálidas tenues teñían de amarillito las paredes blancas. El espacio de la cocina estaba dividido por un desayunador, y el living tenía un juego de sillones de cuero marrón.

Me acerqué al donde estaba él y volvimos a abrazarnos. Me dijo que estaba muy contento de que esté ahí, le respondí que yo igual. Todo antes de llegar a ese momento se me había presentado como caótico, como posible amenaza. Hasta que estuve ahí y me di cuenta de que iba a estar todo bien, de que podía sentirme cómoda en ese espacio y que, de momento, este tipo no parecía un psicópata.

Me preguntó si quería cenar. Le dije que sí. En realidad, no tenía tanta hambre y me daba miedo que luego de comer me doliera la panza, pero tampoco quería ser maleducada, el flaco se había tomado el tiempo de ir a comprar la cena y encima me había esperado hasta las 2 de la mañana para cenar.

Comimos y me preguntó qué quería hacer. Le dije que necesitaba acostarme, no me daba más la espalda. Nos fuimos a la habitación. Me pasé a la cama y él se tumbó al lado mío. Chapamos un rato. Me dijo que no teníamos que hacer nada que yo no quisiera. Yo aproveché mi agotamiento para seguir. Cuando estaba cansada tenía menos energías para ponerme nerviosa. Él se posicionó arriba mío y yo me di cuenta de que íbamos a terminar garchando.

A Manuel no tenía que indicarle nada, él sabía exactamente qué hacer. Cada tanto me venía a la mente el recordatorio de que estaba curtiéndome a un tipo de 40 años, lo que, lejos de darme vergüenza, me hacía sentir un toque orgullosa. Una playlist de música instrumental un poco melosa acompañaba la escena. De a momentos me daba cuenta de que el Daddy quería cambiar la música, pero yo no quería que se levantara, no quería darme espacio a dudar. No sé cuánto duró. Me sentía bien, la espalda ya no me dolía y la respiración de Manuel en mi oído me hacía comprender que estaba a punto de llegar al clímax. Su forma inconsciente de hacerme saber que estaba por terminar hizo que yo lo siguiera y llegáramos de maneja conjunta.

Cuando finalizamos la cuenta pendiente me atacó toda el hambre junta. Manuel preparó una bandeja llena de sobras de la cena y la trajo a la cama. Yo estaba sentada con las piernas cruzadas. Llevaba puesta una camisa a rayas grises que me había prestado Rosario. Comimos y charlamos un rato. Me preguntó si quería fumar porro, le

dije que sí. Yo no era de fumar mucho en ese entonces. Desde hacía ya varios años compartía abiertamente mi posición a favor de la despenalización del consumo de marihuana, cosa que me había ganado más de un altercado con mi padre. Pero la realidad es que si la persona con la que estaba no me ofrecía yo tampoco iba a salir a comprar. Fumamos un rato y charlamos hasta quedarnos dormidos.

Los días siguientes fueron iguales. Habíamos flasheado equipo y no tardamos en dominar los pequeños obstáculos que el espacio nos presentaba. No cumplimos con casi ninguna de las actividades que teníamos planeadas. El ocio nos mandaba a la habitación, y la cama nos fagocitaba por horas. Las pocas veces que salíamos iban acompañadas de una mirada cómplice y un "che, ¿volvamos al departamento y veamos dibujitos en la cama?"

Buenos Aires, que tanto me había tentado a la aventura, se mantenía callada. Yo quería estar con Manuel, ya habría tiempo para recorrer de vuelta las calles de Capital. En realidad, ahora que lo pienso, la aventura estaba en esas cuatro paredes. Inventado una intimidad con este extraño con el que de repente me encontraba conviviendo.

A veces me daba un poco de culpa estar haciendo esto. Unos minutos antes de embarcar en el avión de ida le había enviado un mensaje a Cherry.

- Boluda, le dije a mi papá que no podía ir a pasar Semana Santa a su casa y en realidad me estoy yendo a lo del Daddy. O sea, es una doble traición, ¿entendés?: a Jesusito y a mi verdadero Daddy. SATÁN ME ESTA GUARDANDO UN ASIENTO AL LADO SUYO CHERRY.

A lo que mi amiga respondió:

- Callate, ni siquiera sos católica vos. Ahora vas y le sacás plata al *cheibon*.

El último día de mi estadía llegó demasiado rápido. Me arrepentía de no quedarme más, pero aún seguía de licencia y no daba tomarme el palo por tanto tiempo. Decidimos salir en nuestra última tarde juntos. Manuel había arreglado con su chofer que tipo 7 de la tarde me pasara a buscar por el departamento. No hubo sexo ese día. Los dos nos arrepentimos. Yo había dejado el bolso listo el día anterior, quería aprovechar lo que me restaba de estadía todo lo que pudiera. Salimos sin desayunar. Estábamos muertos de hambre. Caminamos hasta Palermo. Cada tanto hacíamos chistes sobre la situación. Manuel ponía voz de viejo verde y decía:

- ¿Te conté de la cordobesita que me estoy comiendo? – Yo me reía y le respondía:
- Dicen que las cordobesas son tremendas rapidongas.

Llegamos a un restaurant de comida italiana que queríamos visitar en mi último viaje, pero al igual que en aquella ocasión estaba cerrado. El Daddy recordó un local celestito en el que había comido alguna vez, e intentaba hacer memoria para buscarlo en el Maps. Los únicos datos que teníamos eran: es celeste y hacen gazpacho. Afortunadamente nos cruzamos con una amiga suya que, más o menos, conocía la zona y nos dijo que recordaba un restaurant pequeño, color verde agua, ubicado en una esquina cerca del hospital. Seguimos sus indicaciones y nos topamos con el lugarcito escondido. Era pintoresco, atendido por sus dueños. Nos pusimos contentos y nos sentamos en una mesa. Manuel estaba medio goma con el gazpacho, lamentablemente no lo habían preparado ese día.

Comimos croquetas de salmón y algo más que no recuerdo. Como a las 4 y pico terminamos de comer y decidimos ir un rato al MALBA. Sentí un ligero cambio de *vibe*.

Él estaba un poco más distante, yo estaba un poco triste. Me daba cuenta de que hacía mucho no me sentía tan cómoda alrededor de alguien más, bueno de un tipo no de un "alguien" cualquiera. Recorrimos el museo, yo iba adelante. Quería circular un poco, temía haber estado demasiado pegada al Daddy.

Cuando estábamos en la cama me causaba un poco de ternura. A veces me daba la sensación de que él también tenía cosas que lo acomplejaban, bueno obvio todos los seres humanos las tienen, pero Manuel no era un tipo al que se le notaran las vulnerabilidades tan a primera vista. Cuando creía notarlo le decía cosas como "vos me gustás así como sos". Él se alarmaba y me decía que no quería herirme. Me rompía profundamente las bolas que Manuel asumiera todo el tiempo que yo iba a ser la enamorada, que yo necesariamente tuviera que ser la que flasheara amor. Al Daddy le encantaba mandar a las chicas a la *friendzone*. Igual no era una *friendzone* común, al menos no similar a mía. Cuando yo decidía que quería ser amiga de un tipo nunca más le daba cabida para otra cosa. La *friendzone* era un estado inamovible en la mente de Lucretina.

Para Manuel las cosas no eran así. Cuando él me nombraba a una "amiga" podía ser: una ex novia, un hueso, una amiga posta, una chica con la que había garchado una vez, etc. Yo le preguntaba a menudo si se refería a una amiga real o una minita *random*. Él me decía que no entendía la diferencia, y que en realidad yo ya era su amiga. Yo lo mandaba a la mierda. No quería que me desexualice, pero por sobre todas las cosas no quería ser parte del montón.

- Yo no soy tu amiga, yo soy tu Baby – Le reprochaba.

Manuel se reía e insistía en que ambos nos referíamos a lo mismo, pero con otros términos. Yo le respondía que a mis a amigos no me los garchaba.

Terminamos nuestro recorrido y volvimos al departamento. Yo lo esperaba en el café de la esquina, él había subido a buscar mis bolsos. Antes de que pudiéramos despedirnos llegó el chofer. Manejaba una Kangoo gris y se llamaba Néstor. Salí del local y lo encontré hablando por teléfono. Estaba llamando al Daddy para avisarle que estaba abajo. Le hice una seña con la mano y nos quedamos charlando un rato hasta que nos encontramos con el Manuel.

Fue una despedida corta. Mientras Néstor subía la *lisi* a la parte trasera de la camioneta, él y yo nos abrazamos, medio metidos en el asiento del acompañante. Nos besamos y acto seguido cerró la puerta. Llegué a Aeroparque en unos minutos. Néstor me bajó del auto y partí a hacer el check in. Estuve un buen rato en el aeropuerto, mi vuelo también se demoró a la vuelta. A las 11 de la noche ya había embarcado. Me dormí todo el viaje. Llegué a Córdoba sin entender nada. Estaba triste por irme de Capital, eso es común, pero también por dejar a Manuel. Me daba cuenta de que tenía pocos amigos en Buenos Aires, me costaba dejarlos y volver a soñar con estar allá, mientras puteaba a una vieja parada en la única rampa del centro, o mientras esperaba el 13 en Ciudad Universitaria.

Los días posteriores al viaje fueron terribles. Manuel me hablaba para saber cómo me sentía, yo le decía que estaba un poco nostálgica, él decía que la nostalgia no era buena. Al chabón lo atormentaba la idea de que él fuera el generador de mi tristeza. Insistía aún más con que yo aceptara su amistad. Yo me ofuscaba y le respondía que no podía elegir el curso de nuestra relación por los dos, que yo lo iba a querer como se me cantara el orto, que era un problema mío.

Tardé unas semanas en resolver mis asuntitos emocionales. Ya no hablábamos tanto. Se me ocurrió intentar salir con algunos pibitos de Tinder. Tuve varias citas con un chico del sur, no pasó nada. Me daba cuenta de que no quería volver a eso, no porque quisiera ser la noviecita de Manuel, sino porque no quería ningún nuevo lazo en Córdoba. Comprendía que yo me había enamorado, pero no del Daddy, sino de lo que él representaba. Manuel era un tipo que se había hecho solo, que vivía en la Capital, que viajaba pero que conservaba su sensibilidad. Yo quería eso, yo quería ser así. Estaba harta de mi vida en Córdoba. Ver al Daddy desenvolverse en su vida, abrazar las posibilidades de lo desconocido, me conmovía profundamente.

Me llamó por teléfono varias semanas después. Hablamos de giladas. Manuel seleccionaba cuidadosamente sus palabras. Yo notaba el tanteo, quería saber cómo me sentía, quería confirmar que yo no estuviera enamorada de él. Interrumpí lo que me estaba diciendo para informarle que había llegado a una conclusión emocional. Creo que él se esperaba de mi parte un "no me hables más". Por el contrario, se sorprendió cuando dije:

- Está bien, voy a ser tu amiga.

Diciembre tardó demasia-do en llegar.
Tardó en llegar y me rompió el corazón

Diciembre tardó demasiado en llegar. Tardó en llegar y me rompió el corazón. Por ese entonces yo ya odiaba mi trabajo. Buenos Aires me había abierto los ojos y cada vuelta a Córdoba se hacía más difícil. A menudo notaba que los objetivos a largo plazo eran difíciles para mí. La *lisi* había cambiado todo.

La idea de que nada era tan terrible ya la tenía de antes, de luego del accidente. A los 15 años llegué a la resolución de que nada que no atentara contra mi vida, era tan terrible. La mirada retrospectiva moldeaba mis parámetros para medir la gravedad de los eventos que se desenvolvían en mi día a día. Cada momento de estrés era neutralizado por un recuerdo entre mis 11 y 14 años. Nunca había estado peor y sabía que nunca iba a volver a eso. Esa sensación de "lo peor ya fue" me reconfortaba automáticamente. A este proceso, años después, lo bauticé el *automanagment mental*. El AM me había salvado de hartas crisis, era mi forma de neutralizar las cosas más

poronga de la vida. En realidad, lo único que hacía era poner en perspectiva mi presente contemplando mi pasado.

Pero el AM no era lo único que operaba en mi cerebro. La imposibilidad de comprender el nuevo funcionamiento de mi cuerpo, después de sufrir una lesión medular, me había vuelto ridículamente supersticiosa. Yo estaba desesperada por encontrar un patrón que le diera explicación a las reglas aleatorias que ahora dominaban mi organismo. Así fue cómo llegué a la conclusión de que siempre y cuando el último chorro de agua de la ducha fuera fría, no me iba a caer en el baño al terminar de bañarme; o la infalible prohibición de chicles antes de las 11 de la mañana, que prevenía que me dieran ganas de cagar en el baño de discapacitados del colegio (el cual, en un acto brillante de ingeniería, habían localizado dentro del baño de hombres (Y)[11])

También hacía apuestas conmigo misma. Estaba convencida de que podía ganarme*, fair and square*, la predictibilidad de los acontecimientos. Me desafiaba a mí misma a usar palabras que tuvieran al menos una "a" para saludar a todas mis amigas del colegio. Las chicas pensaban que mis problemitas iban más allá de la silla de ruedas, cuando a las 7 de la mañana les decía a todas algo como: ¡amiga, a la más capita la abrazo a desbordadas avalanchas amorosas! Mi premio, si ganaba este desafío, era no tener ganas de mear en el cine, cuando nadie me pudiera llevar.

Yo no le confiaba a nadie mis mambitos con la superstición, sabía que no tenían sentido para el resto de los mortales, pero es que ellos no tenían mi sistema nervioso, para ellos no corrían estas reglas. Era obvio que nunca lo iban a entender.

[11] Forma escrita que hace referencia al emoticón del pulgar hacia arriba.

Con la *lisi* disminuyeron un poco las estrategias de supervivencia basadas en la timba incontinente y los malos augurios. Supongo que, en realidad, lo que disminuyó fue mi constante necesidad de estar validando cada movimiento que daba. Las cosas malas que me pasaban no eran registradas por mi cerebro como un castigo, más bien eran entendidas como caprichos del universo que yo debía interpretar y combatir de forma igualmente aleatoria.

Pero, como decía, con la *lisi* fue desapareciendo mi pugna interminable con el universo. Por el contrario, fue reemplazada por "el manual de supervivencia de la Lucretina motorizada". La regla de oro al redactar mentalmente este manual era prever todo, absolutamente todo lo que podía salir mal. Llevaba plata a todos lados. Tenía llave en paradas claves. Identificaba estaciones de servicio y cadenas de comida rápida con baños accesibles, y especialmente repetía las mismas citas con diferentes tipos, una y otra vez.

Empecé a salir con tipos de Tinder (y hago hincapié en salir, porque no era que no usaba Tinder antes de la *lisi*. Lo usaba, pero mi dominio era mi casa: los invitaba a garchar y se iban. Ni en pedo iba a exponerme a la situación de estar en un lugar público y que el chabón me tuviera que empujar). Quería la experiencia de la cita en la ciudad, de recorrer espacios y sentarme tomar un trago en un bar cualquiera de forma casual. Claro está que el plan "improvisado" no estaba escrito en el manual de supervivencia. Yo tenía muy en claro que la mayoría de los pibitos que me chamuyaba por Tinder, en la puta vida habían salido con una lisiada. Además, no es que me interesaran tanto, yo lo que en verdad quería era la experiencia de la cita.

Llegué a la conclusión de que necesitaba un plan más o menos estable, que pudiera variar mínimamente de encuentro en encuentro. La cita era siempre la misma: nos encontrábamos en un museo cerca de Plaza España, por lo general el Ferreyra, porque el Caraffa tenía en ascensor roto día de por medio, y yo no tenía ganas de tener que irme con el chaboncito de ahí, mirando a la pobre inválida sin poder cubrir su dosis cultural. Era mucha realidad junta. Además, el baño del Ferreyra era tan lindo, siempre terminaba siendo la mejor opción. Creo que debo haber visto la misma muestra unas 10 veces en un mismo mes. Me gustaba la complicidad que compartía con el elenco estable de mi pantomima, especialmente con el encargado del bar al que iba en cada ocasión. Más de una vez, me encontraba pidiendo cosas del menú sin siquiera verlo. El encargado era un tipo petizo y barbudo. Cuando me veía pasaba por detrás de mí y me tocaba el hombro despacito. Yo sonreía y fingía no conocerlo. Terminábamos la cita en la azotea del edificio de mi abuela. La vista abarcaba una gran porción de Nueva Córdoba. Se apreciaban las luces nocturnas y el Parque Sarmiento. Lo fundamental de llevarlos a la azotea era poder agarrarme de la baranda y que me vean parada. Era de suma importancia romper la ilusión de la invalidez. Me gustaba llamarlos con la mano para mostrarles mi edificio favorito, el cual era por supuesto, completamente aleatorio. La vista de Córdoba encabezaba la lista de cosas que me importaban un carajo.

Pero bueno, yo estaba hablando de cómo diciembre me rompió el corazón. Es que hasta las citas fijas en mis días francos no me alcanzaban. Me había vuelto más ambiciosa, me ganaba constantemente la sensación de estar atrapada en una ciudad que tenía 400 años de inaccesibilidad. No me gustaba odiar Córdoba, pero me encontraba siendo su *hater* número uno más veces de las que quería admitir. El deseo me colmaba, me desbordaba la idea de estar perdiéndome de las cosas que pasaban en el mundo. No. En

el mundo no, en Buenos Aires. Es que no sé qué me pasa con esa ciudad. Yo sólo sé que me espera ansiosa, vibrante, llena de aventuras.

Una nueva superstición se generó cuando comencé a viajar a Capital. No, no era una superstición. Era nuestra tradición secreta. Desde el primer viaje me di cuenta de lo que estaba pasando. La ciudad me protegía. En Córdoba no me pasaba eso, la amenaza constante del devenir catastrófico, era el germen de mi desdén por la ciudad que me había visto nacer. Eso no me impedía salir. Me causaba aún más enojo la idea de someterme a las limitaciones que se manifestaban al dejar mi casa. No, Córdoba no me protegía. Pero yo tampoco le iba a dar con el gusto. No creo que sea falso afirmar que el mayor caudal de imprudencias había tenido lugar en Córdoba. Primero, porque yo vivía ahí y segundo, porque me empeñaba en tentar al destino.

Los primeros 6 meses de andar la *lisi* fueron una lucha constante en la que yo insistía en domar a la ciudad. Salía de noche, volvía por lugares re oscuros, andaba por la calle, y me puteaba con los conductores. Se había vuelto una conducta regular negarme rotundamente a dejar de hacer cualquier actividad, por el simple hecho de que me pudiera pasar algo malo. Era una tarada importante y por lo general, en mis contiendas suicidas, salía airosa. Y digo “por lo general”, porque también había tenido situaciones horribles de las que me había costado recuperarme. Dos en particular me habían marcado profundamente. Al pensarlas me daba bronca porque ambas habían tenido lugar en la misma semana, y yo sentía que la ciudad me daba mi lección con todo el peso que le era posible. Me sentía más insignificante que nunca. Córdoba, como un gigante implacable, me tomaba con sus manos de mis rueditas y me volvía a mi casa: a que deje

de pelotudear, a que cumpla con mi rol de empleaducha de call center, a que deje de querer ser quien no era.

Estuve varios días sin dejar mi casa. La noche me daba miedo, nunca antes le había tenido miedo. Unos días atrás había quedado en verme con Rosario en Ciudad Universitaria. Ciudad universitaria quedaba a 7 cuadras de mi casa. Ahí teníamos la parada del viejo y conocido 13. A Rosario le daba miedo cruzar la Velezsarfield, así que resolvimos vernos en el bar de una facultad que no logro recordar. Era julio o agosto, hacía frío y oscurecía temprano. Mi amiga me iba a avisar cuando estuviera llegando. Se hicieron las 5 de la tarde, me preparé para salir. Llevaba un suéter ligero y un jean claro con el dobladillo arremangado. Recuerdo haber pensado, cuando salí de mi casa, que a la vuelta me iba a cagar de frío. Rosario ya me había mandado el mensaje avisando que en 10 minutos llegaba. No tenía tiempo para volver a buscar otro abrigo. Seguí mi camino por las callecitas de mi barrio. Colinas de Velezsarfield estaba lleno de viejos. No había logrado hacerme amiga de mis vecinos. A duras penas sabía el nombre de la mujer que atendía el almacén a 4 cuadras de mi casa. Nunca me había sentido insegura en mi barrio. Sabía que algunos vecinos habían sido robados en algún momento, pero todos asumíamos que los atracos habían sido perpetrados por gente ajena a la comunidad. “Seguramente fue alguno de la villa de atrás del Disco”, comentaba una vecina mientras hacíamos la cola para pagar en la despensa.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por el imperdonable *pip pip* de la batería. La había estado cargando de a puchitos y al hacer la subida de Haya de la torre se había consumido gran parte de lo que le quedaba. Era importante encontrar el balance correcto cuando me estaba quedando corta de batería y tenía que hacer un camino con

subidas. Sin cambiar el paquete de baterías original, yo había calculado que más o menos la silla tiraba unas 50 cuadras, claro, sin tener en cuenta subidas pronunciadas. Todo el trayecto de ida desde mi casa hasta el cruce de Haya de la torre era en bajada, claro que para la vuelta iba a estar en una situación más crítica. Decidí no pensar en eso, ya estaba un poco tarde. No quería hacer esperar a mi amiga, aunque a veces parecía que no importaba cuanto antes salga, o cuan cerca estuviera de nuestro punto de encuentro, siempre llegaba tarde.

Pasé la parada del 13 que me gustaba usar a mí y llegué a la que usaba ella. La reconocí a lo lejos, sentada en su *lisi* nueva. Usaba unos jeans arremangados y un blazer negro. Tenía el pelo un poco mojado. Era evidente que ella, al igual que yo, se estaba cagando de frío. No existe tal cosa como entrar en calor cuando estás lisiado. Tenés frío y seguís teniendo frío. Me acerqué a abrazarla. Nuestros abrazos tenían una logística muy especial. Nos acercábamos cuanto más nos fuera posible, enfrentadas lado a lado. Después yo ponía mis brazos alrededor de ella, y Rosario me apoyaba la cabeza en el hombro. Pese a sus limitaciones Rosario era muy afectuosa físicamente. A menudo, mientras yo me colaba a alguna de sus juntadas, ella se sentaba al lado mío y caminando con los dedos me agarraba de la mano. Yo no hacía eso con nadie más.

La dinámica de nuestra relación cambiaba todo el tiempo. A veces yo la veía como una hermana menor, especialmente cuando le pasaba algo malo o cuando estaba triste. Verla ahí con el pelo medio mojado y los tobillitos al aire, me había hecho resurgir lo de hermana mayor, demorando mi abrazo un poquito más, y refregando mis manos cerradas en sus hombros.

Otras veces la veía como un *copy paste* mío. Ella entendía todo lo que otros no entendían. Sabía lo molesto que era cuando te paraban por la calle para decirte el ejemplo de vida que sos, o cuando los autos te tocaban bocina sin motivo aparente. Ella conocía profundamente la verdadera frustración de escuchar, una y otra vez, el peor chiste del mundo: "¿tenés carnet?".

Sin embargo, lo que más me costaba era cuando yo me daba cuenta de que ella estaba por entrar en los momentos difíciles (porque su condición iba avanzando) que yo ya había vivido. Esos que me hacía poner en perspectiva mi propia vida. Ahora que escribo esto, me doy cuenta de que en realidad Rosario, estaba más que preparada para lo que iba a ir sucediéndole a su cuerpo. Pero a mí, de a momentos, me atormentaba la idea de que ella fuera a necesitar ayuda para hacer ciertas cosas. Un poco estúpido de mi parte, yo la conocí cuando ella ya necesitaba ayuda para un montón de cosas.

Recuerdo cuando me contó sobre su distrofia muscular: de cómo su cuerpo no producía una proteína que hacía que los músculos más grandes se desarrollaran, y cómo no tenía un tratamiento específico ya que eran pocos los casos clínicos. Las dos habíamos tenido la experiencia de caminar, pero ella se iba deteriorando más rápido que yo, al menos eso creíamos. Tenía un poco de miedo de que ella sacara el tema en algún momento. Que tuviera una crisis existencial y yo no saber qué carajo decirle.

Un día me llegó el tan temido mensaje. Ya éramos amigas hacía unos 6 meses. Rosario me había escrito un mensaje por Whatsapp que decía que estaba re deprimida y quería hablar del asunto. Yo junté coraje, tenía que decirle algo que ayudara y que no fuera una estupidez. La llamé. La escuchaba un poco alterada. Hablamos unos minutos. Luego de la *small talk* tardé unos momentos en preguntar: "y…¿Cómo estás?". Era una pregunta

tan pelotuda. Ya me había dicho que estaba mal. En mi mente se cruzaron las peores posibilidades: que me dijera que la distrofia le había agarrado el diafragma, el corazón, no se algo grave. Rosario hizo una pausa larga y finalmente sentenció: boluda, estoy gorda. Un sentimiento de alivio seguido de un "CULIADA" muy sonoro coparon el ambiente. "¡Pensé que te estabas muriendo, estúpida!", le grité. Nos reímos y seguimos hablando. Me dio gracia que lo último que hubiera acomplejado a mi amiga, la de la condición potencialmente mortal, fuera que se estuviera viendo más gorda. Más gracia me dio que yo, la que supuestamente entendía todo, hubiera pensado que no había forma de que a mi amiga la lisiada, la acomplejara otra cosa que no fuera su distrofia o su silla de ruedas.

Charlamos un rato largo. En el bar hacía calorcito y estábamos cómodas. Cada tanto chequeábamos la hora. Afuera se estaba haciendo de noche y ambas sabíamos que no podíamos extender demasiado el encuentro. Pagamos y salimos del bar. Ya estaba totalmente oscuro. A Rosario le gustaba tomar el colectivo en la parada de Valparaíso, esa tenía una especie de explanada que hacía el trámite de la rampa mucho más fácil. La acompañé a tomar el bondi. Me gustaba creer que como yo era más grande, al acompañarla la estaba protegiendo de los peligros de la noche. La realidad es que, ante la noche, las dos éramos igualmente vulnerables. Esperamos el colectivo unos 10 minutos. Yo la abrazaba para que no tuviera tanto frío y de paso, para yo no tener tanto frío. Llegó el 13 y nos despedimos. Me puse los auriculares y emprendí la vuelta.

Mi batería estaba muriendo *big time*. Intentaba distraerme del *pip pip* de la silla, que me estaba volviendo loca, y del frío. Hice unas cuantas cuadras. Crucé la Velezsarfield hasta llegar a Friuli. Nunca entraba al barrio de noche. La iluminación pública no era muy

buena, pero dadas las circunstancias creí conveniente hacer el recorrido por adentro, a hacer las 5 o 6 cuadras por Friuli cuesta arriba. Pensé que la batería no me iba a aguantar, y en mi casa no había nadie. Hice media cuadra por la calle del Instituto Córdoba. Sólo funcionaba la luz de un lado de la calle, yo iba por ahí. Habré hecho unos 50 metros cuando me percaté de que había un hombre parado en la esquina del frente. De ese lado, la vereda terminaba en un callejón que parecía salido de una película de terror. Yo nunca había pasado por el Instituto tan tarde. Aceleré todo lo que pude, pero estando corta de batería la silla iba considerablemente más lento. El hombre cruzó la calle. No podía ver su cara, la sombra cubría todo el lado derecho de la calle. Sólo podía deducir que era un joven, flaco y de pelo largo. Se acercó a mí, yo frené la silla, creía que quizás era un vecino. Casi todos los vecinos me conocían y yo, como la buena Roberto Carlos que soy, saludaba a todo el mundo, supiera quienes eran o no. Lo vi mover la boca, pero no escuché que dijo, tenía la música al palo. Me saqué un auricular y levanté la mirada. De manera simultánea un haz de luz le iluminó la cara, fue entonces cuando me di cuenta de que este chabón estaba del orto. Le chorreaba de la boca y la nariz un líquido rojo. No parecía sangre. Era vibrante y podía olerse desde lejos. Balbuceó unas palabras, estaba a un metro de mí. Bajé la mirada y noté que tenía una pintura en aerosol en la mano derecha. Se inclinó y por un momento pensé que me iba a rociar con ella. Yo tenía el teléfono sobre la falda, lo agarré con mi puño derecho y volví a prender la silla. El tipo, que hacía unos segundos había emitido un sonido inteligible, acercó su cara a la mía. La luz le iluminó todo el rostro. Abrió la boca y dijo de forma muy clara:

- ¿Cómo estás?

Yo, presa del pánico respondí:

- Bien. Bueno, chau.

Arranqué la silla en la máxima velocidad. Claro, mi máxima velocidad era increíblemente lenta por el asunto de la batería. El hombre me gritó algo y yo me di vuelta. Acto seguido acercó la lata a su cara, y abriendo la boca con la lengua hacia afuera, comenzó a rociar el contenido del aerosol en su propio rostro.

Me entró la desesperación. Di media vuelta y volví a ponerme los auriculares. Sonaba *Kitty girl* de RuPaul. Nunca creí protagonizar un escape en cámara lenta que tuviera como soundtrack un tema de RuPaul. Era todo tan ridículo, pero tan aterrorizante al mismo tiempo. El hombre gritaba y se tambaleaba en mi dirección. Yo, que ya venía intentado negar el hecho de que tenía frío y el chillido insufrible de la batería, le sumé a la lista de negación el escape de un psicópata catador de aerosoles. El tipo caminaba lento, pero definitivamente me iba persiguiendo. Busqué desesperada alguna puerta abierta, algún vecino que estuviera sacando la basura o entrando el auto a su garaje. La gente estaba guardada, como si supieran que andaba un loco suelto de noche, como si todos estuvieran al tanto de que corría un toque de queda. Todos menos yo.

Tenía los ojos llorosos. El viento frío me helaba la cara, y el poco calor que me quedaba en el rostro se me agolpaba en los cachetes. Sentía el pulso en la nuca, como cuando te golpeás contra algo y tu cuerpo irriga sangre al lugar del impacto. Frente a mí se abría la noche, que transformaba mi barrio en un laberinto de pasillos infinitos. Me sentía perdida, como si no conociera las calles que cada día recorría. Ya no sabía si el tipo me seguía persiguiendo. No, no quería comprobarlo. Vi a lo lejos un farolito que me resultó familiar. Si, era el de la despensa. Estaba como a 50 metros de la despensa de Gloria. Mientras avanzaba a paso de tortuga me inclinaba hacia adelante, como si mi posición

aerodinámica me hiciera ir más rápido. Gloria estaba en la puerta de su local. Me vio llegar y movió la mano saludándome. Yo subí la rampita que tenía la vereda y me di vuelta para ver si el hombre estaba detrás de mí. En ese momento no podría haber asegurado si estaba a 200 metros o a 30 centímetros de él. Vi una silueta en la esquina de la calle del frente. Gloria me preguntó que me pasaba, era evidente que yo venía un toque alterada. Comencé a contarle cómo un tipo que estaba en el callejón al lado del Instituto Córdoba me había estado persiguiendo, y que no sabía qué hacer, "y te vi acá parada y entré". Los ojos se me desbordaban de lágrimas, pero no quería llorar. Gloria me abrazó y sacó un teléfono inalámbrico de su delantal verde.

- Mario, escúchame. ¿Podés venir para acá? Anda de vuelta el loco ese. Si, el que anda por el Instituto. Si, ese. Vení por favor – dijo.

Gloria tenía esa forma de ser que me recordaba a alguna tía. Era de esas mujeronas que te dan la sensación de que tienen la respuesta a todos los problemas del mundo. No me daba vergüenza abrazar a Gloria como una criatura perdida en un supermercado. No quería mirar para afuera. No quería saber si el tipo seguía ahí. Me daba pánico porque yo vivía a 2 cuadras de donde había sido todo. Casi siempre, adjudicaba la posibilidad de cruzarme con un loco de estos a un lugar como Plaza de las Américas, o el Centro, pero no acá, no en MI barrio. Este era el barrio tranquilo, el de la gente vieja. No el barrio donde anda suelto el loco de la lata de pintura.

Mario, el hombre de la vigilancia vecinal, tardó unos 5 minutos en llegar. Manejaba una Kangoo verde y tenía un diente de lata. Bajó de la camioneta con una linterna en la mano y me preguntó para donde se había ido el tipo. Yo le relaté la historia y lo esperé, aún

abrazada a la almacenera. Vimos la luz de la linterna recorrer la calle que cortaba la Benito Soria y volver a la despensa.

- No vi nada – Dijo Mario.
- No importa – replicó Gloria – No es la primera vez que molesta a alguna de las chicas del barrio. Siempre es la misma historia, las ve solas y hace alguna estupidez de estas. Llamamos a la policía y se lo llevan, pero como no tiene ningún antecedente lo vuelven a soltar. Por eso es que tenés que ir a hacer la denuncia, nena – Me dijo, mirando para abajo – Así se lo llevan de una vez por todas. – Y vos – dijo señalando a Mario con la otra mano – Acompañala a la chica hasta su casa así no va sola.

Ambos obedecimos a Gloria. La almacenera no era una señora a la que uno quisiera contrariar. Yo solamente quería llegar a mi casa. Mario dejó la camioneta estacionada en la puerta del almacén y me escoltó. Hicimos el trayecto en silencio. En mi cuadra tampoco había nadie. El guardia me llevó hasta la puerta y esperó a que entre. Cerré la puerta de chapa y me largué a llorar haciendo una mueca a lo Kim Kadashian. Mi gata, la otra Kim, estaba acostada en el respaldo del sillón que daba a la ventana del living. Se desperezó y saltó sobre mi falda. Yo la abrazaba a la vez que le llenaba de mocos el lomo. Nos quedamos en la oscuridad un rato. Cuando me calmé prendí la luz. Prendí todas las luces de mi casa. La silla seguía acusándome la falta de carga. Ya no me molestaba el chillido. Fui hasta mi habitación y prendí el caloventor. Mientras el aliento de la máquina me calentaba los cachetes, busqué mi teléfono con la mano izquierda. No sabía ni a dónde lo había puesto. Tardé un minuto en darme cuenta de que lo tenía entre las piernas. Abrí el navegador y escribí en la barra de búsqueda: picana eléctrica mercado libre. La transacción fue rápida. Tenía vinculada mi tarjeta de crédito al sitio. A los

segundos me llegó un mail con la confirmación de compra. Arrimé la silla a la cama y me desplomé sobre ella. Estaba destendida y llena de boludeces encima. Cerré los ojos un momento y me llevé el teléfono a la oreja. Estaba marcando un número en *speed dial*.

- Si, ¿para hacerte un pedido para Santiago Cáceres?

. . .

Los deambulantes nocturnos de Buenos Aires nunca me habían amenazado. Yo se lo atribuía a la ofrenda. Era bajo este mecanismo que la ciudad me brindaba su protección. Pero no era un recaudo que tenía que tener en cuenta porque tuviera miedo, no era una superstición como las otras que me habían obligado a neutralizar los caprichos del universo con contra acciones irracionales. No, Buenos Aires lo había empezado esta vez. Yo la elegí para probarme cosas a mí misma, y ella me eligió como su visitante predilecta.

Bueno no es que no me pasaran desgracias en la ciudad a la que tanto le tiro flores. Algunas de las situaciones más border las había vivido en la Capital Federal. Lo que pasaba era que yo no sentía miedo, porque sabía que al final ella sola me iba a brindar una solución, una improbable y ridícula solución. Una de esas cosas que pasan "Solamente en Buenos Aires". Una acción reaccionaria que volviera todo a su cauce. Un vuelo retrasado, una tormenta que destruyera el aeropuerto que quedaba a 19 kilómetros de donde me alojaba, seguido de una reprogramación al Aeroparque, que me quedaba a un colectivo de distancia de mi hotel; un abogado con un paraguas gigante que me escoltara a mi departamento en plena tormenta, o un colectivero piola que me indicara justo a tiempo que me estaba tomando el colectivo para el orto.

Acá viene lo importante, porque mi relación con la mística bondadosa de la ciudad era un dar y recibir, por lo que pronto descubrí que, en algún momento de mi viaje, no importaba si era al principio o al final, yo tenía que hacer una ofrenda. No a Buenos Aires en sí, sino a la gente que la habitaba. No importaba quienes fueran, a veces una señora que perdió la SUBE, otras un senegalés mantero perseguido por la policía por vender réplicas de Michael Kors. En ocasiones era un extranjero perdido, o un hombre de vocabulario impecable que recientemente se había quedado en la calle y me pedía plata para cenar. A mí me conmovía profundamente este juego de bondades implícitas que ella y yo teníamos, y esperaba ansiosa a que la oportunidad de la ofrenda se presentara. Era importante que no fuera buscada. Yo sólo tenía que esperar a que solita se manifieste, a que me guiñara su ojo cómplice.

Me gustaba contarle a las personas sobre nuestro juego secreto. Mi historia preferida era la del mantero. Me gustaba esa en particular porque había sido la primera. Yo venía por 9 de julio buscando una parada de colectivo que me llevara hasta mi hotel. En ese entonces no podía hacer ni media cuadra sin consultar el Google Maps. No me gustaba pedirle indicaciones a la gente, no porque fuera muy orgullosa, sino porque mi protocerebro no sabía ubicarse sin un mapa. Hacía calor y el sol de la mañana me calentaba los cachetes. Un mantero pispeaba la esquina siguiente como esperando una señal. Era un hombre negro, creo que senegalés, pero no podría afirmarlo con certeza. Frené un momento la silla para volver a chequear el mapa, y de paso relojear si alguna de las billeteras del vendedor ambulante no parecía tan trucha.

La escena sucedió en cuestión de segundos: otro hombre negro se asomó por la esquina de la cuadra siguiente, y emitió un sonido a mitad de camino entre el chasquido de la

lengua y la onomatopeya “¡oh!”. Mi mantero, en un movimiento de absoluta destreza, pegó un salto sobre su mercadería y aterrizó del otro lado, ejecutando un medio giro en el aire y ahora, dándome la espalda. Siendo un día hábil como era, y en horario matutino, 9 de julio estaba hasta el orto de gente. En su pirueta de Cirque du Solei, el hombre había dejado caer su billetera al piso, de la cual se asomaban múltiples caritas de San Martín y otros próceres de color verde y violeta. El mantero enrolló su mercadería sobre el mantelito que había debajo, con la facilidad con que uno enrolla una fajita de pollo. Desde la otra esquina se acercaba corriendo el hombre que había dado la señal de escape segundos antes. Yo, atónita me acerqué al primero, al notar que en su preparación para huir no se había dado cuenta del asunto de la billetera. No quería asustarlo, le grité un “¡Che!”, pero no se volteó. Me acerqué un poco más y le toqué el hombro derecho.

- Disculpá, se te cayó la billetera – le dije.

El vendedor me miró. Estaba en cuclillas sobre la vereda, se dio vuelta y agarró la billetera. Me volvió a mirar y me agradeció con la cabeza. Dijo algo en un idioma que no entendí y desapareció de mi vista junto con el otro tipo. Unos minutos después unos policías de la ciudad daban la vuelta por la esquina. Ya los habían perdido.

En ese mismo viaje, también aprendí que las veredas mojadas y la *lisi* no se llevan bien. Era mi primer viaje a Buenos Aires. Me estaba quedando en un hotel de Recoleta y mi estadía era de 3 días. Mi jefe, un tanto aterrorizado, me había dado su tarjeta para que lo llamara si necesitaba algo. Resulta que en esas fechas él iba a estar visitando la sede de Capital de la empresa. Yo agarré la tarjeta y le dije que no se preocupara. No me iba a pasar nada. La *lisi*, por ese entonces, tenía ya 3 años de uso. Cambiar la batería salía

una fortuna y yo no iba a esperar a tener 10 mil pesos en la mano para comprar una nueva. Decidí emprender mi viaje igual, y de última llevar el cargador para todos lados. Había encontrado como excusa el BAFICI que arrancaba por esas fechas. Las entradas a cada película eran muy baratas, y el cine que las proyectaba me quedaba a unas 6 o 7 cuadras. Había sacado 3 entradas. La primera y la segunda tenían lugar en el primer día. La tercera en el segundo. Para mi tercer día en Capital no había reservado nada, quería pasear.

Mi primer día de BAFICI había sido un éxito. Con ayuda del infalible Maps había recorrido las 6 cuadras que me separaban del Village Recoleta y vuelto sin problema. En el trayecto identifiqué distintas plazoletitas y canteros que me sirvieran de guía para, al otro día, poder hacer el recorrido sin mirar el mapa. Eran 6 cuadras, tenía que poder hacerlas sin mirar, como una verdadera porteña. Me desperté al día siguiente. Mi teléfono marcaba alerta meteorológica. Yo, ilusa, creía que las tormentas de Capital eran como las de Córdoba: intermitentes, caprichosas, pero más o menos manejables. Dejé mi hotel como a las 12 del mediodía. Tenía hambre y mi función no era como hasta las 3 de la tarde. Hice unas cuadras. El piso estaba mojado, pero era medianamente transitable. Noté cómo perdía un poco el control de las ruedas cuando bajaba las rampas de asfalto. Entré a una fotocopiadora para imprimir mi entrada. 5 minutos después se largó con todo. La lluvia, violenta, precipitaba como queriendo perforar el asfalto. Me di cuenta de que iba a tener que esperar un poco. Suerte para mí, el hombre de la fotocopiadora tardó como 30 minutos en imprimir un mail de mierda.

Cuando terminamos con el asunto, la lluvia había parado un poco. Del lado del frente vi un Carrefour express y se me ocurrió que quizás podían llegar a tener un paraguas ahí.

Efectivamente tenían, era el paraguas más caro de Buenos Aires, y a la vez el más choto. Lo tarjeteé. Poco iba a sospechar que manejar una silla de ruedas y sostener un paraguas al mismo tiempo era una tarea prácticamente imposible. Con la mano izquierda intentaba mantener el control de la silla, que sin importar cuánta fuerza hiciera, se seguía resbalando en la vereda mojada; con la mano derecha, o la mano chuza como me gusta llamarla, sostenía, mediante una traba mecánica de mi muñeca, el paraguas que cada 2 minutos se me caía para atrás al embolsar el viento poronga que me había tocado. Tenía los pies y las rodillas empapados. Claro, los paraguas están hechos para la gente que los usa parada. Divisé un local de comida orgánica y entré. Lo único que no tenía mojado era el culo. Llevaba puesta una campera bomber reversible que di vuelta y dejé secar sobre una silla un rato.

Estuve en el local como por una hora. Cada tanto chequeaba mi teléfono, esperando aún llegar a la función. Pasada la hora y veinte la lluvia paró. Yo, que me sentía una flor de campeona, salí inmediatamente para hacer las ahora 9 cuadras hasta el cine. No pasaron ni 15 minutos y la lluvia torrencial se reanudó. Ni siquiera intenté abrir el paraguas. Pensé que si llegaba al shopping la calefacción me iba a secar un poco y de última me tomaba un café, veía la peli y me volvía al hotel a cambiarme la ropa. No podía chequear el teléfono, tenía miedo de que la lluvia me lo mojara. Hice el intento una vez, aunque fue inútil ya que mis dedos empapados chorreaban tanta agua, que el táctil no reconocía mis manos. Las 9 cuadras se me hicieron 30. No sabía a dónde estaba, no reconocía ninguna de las plazoletitas o canteros que había intentado memorizar. Ya no quería ir al cine, quería volver a mi hotel, secarme y meterme en la cama.

Chorreando agua por todos lados me metí debajo del toldito de un negocio cerrado. Estuve ahí un buen rato. Esperaba que parara la lluvia para poder volver, pero la hija de puta, implacable, aún no se decidía a terminar conmigo. Al rato un hombre de traje negro cruzó a mi vereda, amparado por un paraguas tan grande que parecía una sombrilla. Pasó por mi lado y me dedicó una sonrisa. Al llegar a la media cuadra se volvió hasta mi toldito y me dijo:

- Flaca, ¿querés que te acompañe a algún lado?

Yo lo miré, empapada, con el pelo pegado a mis cachetes por la lluvia y la humedad, y le respondí:

- ¿Tan desamparada se me ve debajo de este toldito?

El hombre me replicó:

- No, pero está lloviendo y por algún motivo tenés el paraguas colgado atrás, así que asumo que algún problema debés tener. Yo, por el contrario, tengo este paraguas enorme que además anda, y si querés te puedo acompañar a donde sea que vayas.
- Bueno – le dije – sí, estoy desamparada y quiero que me acompañes por favor.

El tipo cumplía todos los requisitos que los provincianos creemos que un porteño tiene que tener: abogado, facha, con un acento de los que te marcan la *shh* como surcando el aire, y unos humos de pedantería importantes. Caminamos hasta el hotel. Me preguntó si necesitaba algo más. Le dije que no y agradecí la compañía. Subí a la habitación y me saqué la ropa mojada. Tenía miedo de merterme en la ducha y después no poder salir. Recordé que los hoteles 4 estrellas suelen incluir un secador de pelo. Tenía los pies

helados. Me acerqué al baño y los calenté con el aire del secador. De fondo se escuchaba el tele y el zumbido del split que había seteado en 30 grados apenas ingresé en el cuarto.

Eran como las 5 de la tarde. Una vez seca me metí en la cama y vi *Keepin' up with the Kardashians* hasta quedarme dormida. Como a las 10 de la noche me atacó un hambre feroz. Abrí Pedidos Ya y me maravilló la cantidad de restaurants disponibles. En mi barrio no había más de 10. Pedí comida china y me fui a dormir. Ese día aprendí que las tormentas de Capital no eran joda. Lamentablemente, este no iba a ser nuestro último encuentro.

Eran las 10 de la noche. Estaba sola y mojada en un barrio que mi GPS marcaba como Villa Mitre.

Eran las 10 de la noche. Estaba sola y mojada en un barrio que mi GPS marcaba como Villa Mitre. Pensé si esta noche iba a ser finalmente el día en el que mi suerte porteña se acababa.

Mi trabajo en el call center se había vuelto un poco menos horrible. Mi problema no era que cada dos por tres me trenzara con mi supervisora, ni que tuviera que atender a gente enojada porque no le llegó la grúa en 120 minutos, tampoco que nunca tuviera un domingo libre, o que tener que verle la cara al boludo de tráfico que me curtí borracha. Mi problema con mi trabajo era que no me llevaba a ningún lado.

Conforme fui creciendo me di cuenta de que yo tenía un conflicto muy grande a la hora de trabajar en un lugar sólo por la plata. Cada vez me era más evidente que yo no podía hacer algo, por un periodo muy largo de tiempo, que no me gustara. No podía estudiar mucho tiempo algo que no me gustaba, no podía estar con alguien mucho tiempo si no me lo fumaba, y definitivamente no podía trabajar en un lugar en el que no la pasaba bien. Evalué la posibilidad de renunciar en reiteradas ocasiones, pero es que renunciar tampoco me acercaba a Buenos Aires. La empresa a donde trabajaba tenía 3 sedes: una en Buenos Aires, una en Córdoba y otra en Rosario. No se me ocurrió la idea de pedir un

pase hasta que me crucé con un agente que había sido transferido desde la sede Capital. “Es una gilada”, me dijo, “yo lo pedí y me lo dieron al toque, andá a hablar con Jorge, vas a ver que te lo van a aprobar de una”. Me sentí una boluda por no haberlo pensado antes. Irme a Buenos Aires a vivir, y con un trabajo que ya sabía hacer. Era la posibilidad perfecta. Sentía que las cosas tenían que pasar así, que yo tenía que conseguir este laburo para tener plata y poder viajar a Capital, enamorarme de ella y que ahora, este mismo trabajo me iba a dar la oportunidad de mudarme. La idea de completar el círculo, de darle sentido a mis meses de trabajo horrible, me reconfortaba.

Tenía muchas cosas que planificar, esto de mudarse no era joda. Mi madre me había dado el visto bueno, eso era importante. Yo sabía que tener a mi mamá en contra no era un impedimento, pero no quería tenerla en contra. Que ella confiara en mí era otro signo de que las cosas estaban tomando su curso. Ella también era una fiel creyente del destino y desde chica me había pasado sus convicciones. Mi madre a menudo me inspiraba a cambiar el curso de mi vida. No porque ella no hubiera sido un perro de trucos fijos, mi mamá trabajó durante años de lo mismo, se levantaba a las 5 y media de la mañana todos los días y veía la misma novela cada noche. No, no era que me hubiera inspirado por su forma de actuar en la mayoría de sus días. Lo que realmente me había hecho cambiar la forma de ver todo fue cuando, a los 50 años, decidió renunciar al trabajo esclavizante por el cual se levantó a las 5 y media de la mañana durante 10 años, para hacer otra cosa. Porque sí, porque ya no se sentía bien. Yo la miraba y pensaba: “si ella a los 50 puede hacer eso, yo a los 25 tengo que poder tirar todo a la mierda”. Odiaba Córdoba, sí. Odiaba mi trabajo, también. Pero la posibilidad de que ese trabajo que tanto me estaba haciendo sufrir me llevara hasta Buenos Aires, hizo que todo, incluso la

ciudad en la que vivía, se vuelva más soportable. Ahora tenía un plan, y si yo hacía las cosas bien iba a terminar exactamente a dónde el destino me aguardaba.

Diciembre era un mes importante. Mi plan comenzaba a tomar forma. Había planeado hacer un viaje a Buenos Aires para ir a un festival, pero ahora tenía otra misión: buscar casa. Conseguir los días para viajar a Capital había sido un conflicto. En mi trabajo yo tenía que atender 6 días seguidos y luego me daban 2 de franco. Era difícil conseguir un fin de semana, y para viajar al menos necesitaba 3 días. Resolví hacer horas extra, estar disponible todo lo que pudiera y rogar porque algún compañero me cambie los francos. Me pasaba seguido sentirme culpable por querer viajar, ningún otro compañero pedía tantos días como yo, pero es que no podía dejar de ir. Menos ahora, ahora tenía un objetivo.

Conseguí 4 francos juntos: me iba un jueves y volvía un domingo. Los primeros dos días iban a ser dedicados a la búsqueda de departamentos, los últimos dos al festival. Conseguí las entradas unos meses antes. A menudo compraba entradas para cosas que no estaba segura si iba a poder ir a ver. En este caso era un pase para el BUE, tocaba Gorillaz y yo me moría de ganas de ir. No tenía con quien, iba sola. Me gustaba la idea de ir a un recital sola. En realidad, me gustaba la idea de ir a lugares sola y por sobre todas las cosas, me encantaba la libertad de poder llegar tarde.

Noté este gusto por la falta de puntualidad la primera vez que fui al cine sola. Fue unas semanas después de que me dieran la lisi. Había decidido ir a ver la secuela de Blade Runner. La última vez que había visto la original había sido durante mi última internación. No diría que es falso afirmar que ésta fue, de todas mis internaciones, la peor. No porque lo que tuviera fuera grave en sí, más bien, lo que más me había afectado

era lo mucho que me recordó cuánto odiaba los hospitales. Llegué al hospital Aeronáutico tras 2 noches de fiebre alta e intensos dolores de espalda. Mi mamá se había preocupado después de comprobar que no había medicación que pudiera bajarme la temperatura. Después de varios estudios inconclusos, los médicos decidieron dejarme internada. No me agradaba la idea, pero francamente me sentía para el orto. Me acomodaron en el primer piso, en una habitación común. Mis padres se turnaban para cuidarme, pero la realidad es que nada de lo que ellos hicieran me sacaba el mal humor que me generaba estar ahí. Pasó la primera semana sin diagnóstico. No podían controlar mi temperatura porque no sabían qué carajos la causaba. Ronda tras ronda, aparecían nuevos doctores: infectólogos, neumonólogos, neurólogos. Nadie sabía con certeza por qué continuaba haciendo fiebre. A mí, lo que más me molestaba era que me comentaran sus hipótesis, previas al estudio x que fuera a demostrar la veracidad o falsedad del posible diagnóstico, y que una vez terminado el estudio no me confirmaran nada. Así fue cómo creí que la prótesis de mi cuello estaba infectada, o que posiblemente tuviera meningitis. Incluso, presas de la incertidumbre, me habían hecho un examen de HIV. Mis padres también se indignaban, no porque no tuvieran un diagnóstico, sino por la incertidumbre y liviandad con la que los médicos sugerían que mi problema era grave. Las horas muertas del día eran lo peor: mi televisor no tenía habilitado el coso de los fichines, así que no podía usarse; el WIFI no llegaba hasta mi habitación, y por más que lo intentara no lograba concentrarme para leer de corrido ni medio párrafo de un libro. Me frustraba estar ahí, odiaba no saber qué me pasaba. Pero más que nada detestaba estar perdiéndome de lo que los otros hacían, porque esta vez no tenía 10 años, ahora tenía 20, tenía una carrera en curso, un novio, amigas y cosas que hacer. Esta vez, mi tiempo valía algo y yo estaba ahí, en la misma posición que hacía 10 años atrás.

Mi cansancio se convirtió en aburrimiento, y mi aburrimiento en exasperación, y mi exasperación en un terrible mal humor. Estaba harta, me quería ir a la mierda, trataba mal a todo el mundo. Me sentía cada vez más cercana a esa paciente que había sido cuando apenas me accidenté, y notaba que cada día me comportaba más parecido a ella.

Frente a esta situación, mi padre, decidió juntar sus películas favoritas en un disco externo y traérmelas al hospital junto con mi notebook. Sus películas preferidas pertenecían, casi en su totalidad, a la década del 80. Él era un fanático de los clásicos, especialmente de la ciencia ficción. Yo no tenía tantas cosas en común con mi papá, pero por ese entonces el cine era una de nuestras formas predilectas de conexión. Pasamos días viendo Blade Runner. Él arrimaba una sillita a mi cama y posicionaba la computadora arriba de la mesa ortopédica. Le gustaba anticipar diálogos o escenas famosas y halagar a Harrison Ford: "la verdad, es un actorazo el tipo eh". Cada tanto, intercalábamos alguna de sus joyas *scifi,* con mi película preferida The Rocky Horror Picture Show. Más que la película en sí, me encantaba ver a mi padre reaccionar ante un Tim Curry todo pinturrajeado, coqueteando con la homosexualidad, bailando y cantando. Mi padre, el comodoro de la Fuerza Aérea, naturalmente no entendía una mierda. Si hay algo que no puedo reprocharle, es su incansable predisposición para intentar comprender a la troska y desviada hija que le había tocado. A menudo, yo lo molestaba diciéndole que había llegado tarde a la repartija de hijos conmigo. Él se reía e inmediatamente aclaraba que me quería así, tal como era. Yo sabía que en el fondo él me hubiera preferido un poco menos zurda, más común, más como él. Pero con el tiempo creo que ambos comprendimos que, en nuestra oposición tan diametral, de

alguna forma nos complementábamos. El diálogo con mi padre, hacía surgir en los dos el don de la tolerancia.

Pasaron dos semanas hasta que dieron con el problema: tenía una infección en un riñón. Me dieron una medicación que me destruyó el estómago pero que por fin terminó con el asunto fiebre. Pasaron unos días y me dieron el alta. No volví a estar internada desde ese entonces. Un resentimiento general se quedó conmigo y por suerte me acompañó una relativa buena salud.

Cuatro años más tarde me encontraba yendo a cerrar el ciclo, camino a ver Blade Runner. Había hablado de cómo me gustaba llegar tarde a lugares. El cine era uno de esos lugares a los que me encantaba llegar tarde. Supongo que, en realidad, me gustaba la libertad de poder entrar y salir de la sala cuando quisiera, sin molestar a mi acompañante, sin el reclamo de quien quisiera ser puntual. Para mí, desde el día en el que había sentado el culo en la *lisi*, la libertad era más importante.

. . .

Sabía que era lejos, mi prima la de Caballito me alojaba en su departamento y el festival era en Tecnópolis, así que por lo menos tenía 2 colectivos hasta allá. De hecho, luego de meditarlo un rato, me di cuenta de que tenía 3 colectivos no 2: aún no había ido a La Rural a retirar mi entrada. Un pronóstico desalentador no me había hecho recular, ya estaba allá. Quería ir, e insistía en ir sola. Mis primas, frente a la inevitabilidad de la lluvia, me cargaron con un paraguas gigante (el cual desde que lo vi, supe que no iba a poder sostener con la mano mocha). Tenía 2 primas en Capital Federal: Bianca y Rocío. Bianca me recordaba mucho a mi hermana mayor, Guadalupe. Ambas eran un poco más tradicionales que yo, para ellas la institución no era realmente un problema. Mi rebeldía

era algo que las atormentaba un poco, pero las dos hacían un esfuerzo sobrehumano para intentar comprenderme en mis odiseas suicidas. Más allá de nuestras diferencias yo intentaba hacerlas partícipe de mis aventuras, quería contarles que supieran las cosas que había logrado hacer sola. Yo había agarrado la costumbre de aguantarme todo lo que pudiera la necesidad de contarle algo a mi hermana, hasta que no podía más y le terminaba mandando un mensaje que comenzaba diciendo: “no te asustes, pero hice algo”. Mi pobre hermana mayor no sabía que esperar cada vez que yo le mandaba uno de esos mensajitos de mierda hasta que un día me respondió: “Lucretina, cada vez que me mandás eso yo flasheo que estás embarazada o que tenés un cadáver en casa, DEJÁ DE EMPEZAR CADA MENSAJE CON ESA ADVERTENCIA”. Esa tarde nublada de diciembre, emprendí mi viaje a Tecnópolis pensando en la gran historia que iba a contarle a mi hermana al volver.

Me subí al primer bondi que me llevara a Palermo. Hacía calor y la humedad me estaba matando. Mi objetivo era intentar esquivar la tormenta haciendo el trámite lo más rápido posible. Una vez que llegara al predio, podría resguardarme sin problemas. Llegué a La Rural relativamente rápido. Una cola de unas 50 personas se extendía frente a mí. En estas situaciones yo no tenía el menor conflicto en usar la *lisicard.* Me hacía la boluda paseándome con la silla frente a la boletería, tirando casualmente un: “disculpá, ¿trabajan con prioridad acá?”. La *lisicard* me había ganado tiempo en muchas ocasiones y ese día, su rol iba a ser fundamental si pretendía escapar de la lluvia con éxito. *Spoiler alert* re me iba a agarrar la lluvia.

Con la entrada en mano me subí al primer colectivo rumbo a Villa Martelli. A medida que íbamos avanzando veía llenarse de gotitas los vidrios del bondi y pensaba en el

trasbordo. El colectivo iba medio lleno, yo seguía con mi teléfono el recorrido procurando no perderme. Era la primera vez que cruzaba a provincia en otro medio de transporte que no fuera tren. Mi parada era sobre la colectora. Mis primas me habían advertido la posibilidad de toparme con colectivos no adaptados en provincia, pero yo confiaba en que me iba a estar esperando un piso bajo. No tenía otra opción, si en Villa Martelli no circulaban bondis con rampa me iba a tener que volver. Pasaron unos 40 minutos hasta que llegué a mi parada. Afortunadamente era justo debajo de la autopista, que nos servía como techito para no mojarnos al bajar. Le pedí al chofer que me abriera el paraguas, tenía que hacer unos metros hasta llegar a la otra parada que quedaba del otro lado de la colectora y ya estaba lloviendo con todo. Yo había experimentado la lluvia en Buenos Aires en el pasado, pero no podía dejar de asombrarme la furia con la que el agua intentaba perforar todo lo que se cruzaba. El agua escurría de General Paz a baldazos, creando verdaderas cascadas en el límite de la cuidad. Ya no podía echarme atrás. Esperé unos minutos, sabía que era inútil. Cuando llueve en Buenos Aires, llueve con ganas. Intenté acercarme a la parada balanceando la sombrilla que tenía por paraguas. Cada tanto, el viento se embolsaba y me tiraba para atrás el dispositivo, dejando mis piernas y pies completamente descubiertos. Estaba bastante mojada, pero al menos no hacía tanto frío. Cuando llegué por fin a la garita a donde paraba mi nuevo colectivo me di con la sorpresa de que 4 bondis estaban estacionados frente a la misma. Ningún chofer ocupaba el asiento del conductor. Escaneé con la mirada los alrededores y divisé a un puñado de hombres uniformados al lado de un quiosco. Me tranquilizó notar que todos los bondis eran piso bajo. Una nueva preocupación me vino a la mente: no sabía para que lado tenía que tomarlo. Algunos apuntaban para la izquierda otros, los del frente, apuntaban en dirección contraria. La

lluvia parecía estar parando un poco, o quizás era yo que ya me había acostumbrado al golpeteo constante del agua contra mi paraguas. Crucé la calle y me dirigí hacia los conductores. Eran cerca de las 2 de la tarde, aún tenía tiempo de sobra, el predio abría puertas a las 4 y media. 4 de los 5 hombres uniformados estaban comiendo algo, aparentemente habían parado para almorzar. El que no estaba picoteando un yogurt o un pebete, anotaba cosas en una libretita y daba órdenes al resto de los choferes. En el bolsillo de su camisa tenía un parchecito que decía "inspector". Me acerqué a éste último y le pregunté si los colectivos parados me llevaban hasta Tecnópolis. El tipo se dio vuelta y amablemente me respondió que sí.

- Vos esperame al lado de cualquier coche que yo te subo – dijo – Bueno, vamos muchachos que tenemos que seguir – continuó mientras hacía un ademán con la mano con la que no sostenía la libreta.

Arranqué la silla y me dirigí de vuelta hacia donde estaban parados los coches. Hice unos metros y me di cuenta de que aún no sabía cuál tenía que tomar. Di media vuelta con dirección al inspector y volví a preguntar:

- Disculpá, re densa – comencé – pero es que no se cual tengo que tomar, o sea yo tengo que ir a Tecnópolis, voy a un festival, el BUE.

El tipo me miró y me respondió que ya lo sabía, de hecho, habían diagramado un operativo especial para esa fecha ya que habían calculado que mucha gente iba a moverse en ese colectivo.

- Cualquiera te deja, Negri – continuó – vamos todos para el mismo lado.

Sonreí y volví a acomodarme en la garita. Pasaron unos minutos hasta que a cada bondi se le asignó un chofer. El inspector hizo especial hincapié en explicarle al conductor que me había tocado, las responsabilidades que tenía para con los pasajeros en silla de ruedas. Le explicaba cómo tenía que ayudarme a subir, colocarme el cinturón, y especialmente preguntar en qué parada deseaba bajar.

El viaje fue más o corto. Para llegar al predio teníamos que agarrar por arriba de autopista y llegar hasta Constituyentes. Recordé todas las veces que había a atendido clientes con el auto parado sobre General Paz. Era la primera vez que veía la gigantesca autopista en vivo. Yo conocía muy bien las autopistas urbanas, avenidas y calles principales de Capital, claro las conocía bien en el mapa. Cada vez que la aventura que me preparaba Buenos Aires incluía un espacio familiar por mi uso del GPS, sonreía. Sentía el guiño cómplice de la ciudad cuyas venas tanto había estudiado y ahora se me presentaban al desnudo, investidas de realidad. A menudo, intentaba hacerme pasar por porteña. Trataba de borrar mi acento cordobés y nombrar la mayor cantidad de referencias posibles. Me gustaba jugar a que vivía ahí, y ahora la posibilidad era real.

Cuando llegamos a Tecnópolis el cielo estaba completamente despejado. Los chubascos habían desaparecido y el pronóstico de mi teléfono anunciaba una tarde soleada hasta la noche. Me bajé del colectivo con el espíritu renovado. Sentía que el triunfo era una verdadera posibilidad y decidí disfrutar del día cuanto pudiera. Aún no eran las 4 y media de la tarde. La gente se amuchaba contra unas vallas improvisadas que el personal de contención había ubicado en la entrada. Unos me vieron pasar y me preguntaron si venía al festival. Les contesté que sí. Me reconocieron la tonada al instante:

- ¿Vos te viniste de dónde para esto? – me preguntó uno.

- De caballito – respondí.
- Pero, vos no sos de acá, ¿o no? – me replicó.
- No, soy de Córdoba – terminé.
- ¡Uff, si no me di cuenta! – gritó el guardia tocándome el hombro.

Nos quedamos charlando un rato. Les costaba creer que haya ido desde Córdoba hasta allá, pero más aún les resultaba increíble que haya tomado 3 bondis sola para llegar. Me dijeron que me quede junto a ellos, que me iban a hacer pasar primero. Me agradaba la idea, no tanto por groupiar, más bien porque estaba muerta de hambre y quería pasar derecho a los stands de comida sin hacer cola. Bueno, tampoco tenía planes de hacer cola. Ya había estado usando a troche y moche la lisicard. Una vez más no le hacía daño a nadie.

Ubiqué rápidamente el patiecito improvisado de comidas. Fui directo a los choripanes. Estuve un rato sentada en una mesita mientras me comía mi almuerzo ligeramente desesperada. Cuando terminé, me digné a dar vueltas por el predio. Era un día espectacular, estaba contenta. El sol me secaba la calza que se había mojado en la cascadita de la parada del colectivo. Distintos promotores se me acercaban ofreciéndome giladas gratis: pins, folletitos, sacarme una foto para ganar tal cosa, o participar de un juego. Gorillaz tocaba a las 10 de la noche. Tenía para rato. Intenté ubicar los baños, si quería ir el momento era ahora, cuando todavía estuvieran decentes. Resolví eso y volví a dar vueltas. Estaba contenta de haber llegado temprano, pero me preocupaba un poco estar tanto tiempo sentada. A mi alrededor, los otros participantes desplegaban micro campamentos sobre el pasto con camitas hechas con una manta y una mochila. Yo me moría de ganas de tirarme en el piso, el problema era que no me

iba a poder levantar ni a palos después. Decidí quedarme sentada y seguir dando vueltas. Tampoco podía excederme en este punto: si bien había cargado la batería la noche anterior, me pasaba seguido que me copaba dando vueltas y malgastaba la carga. No podía perder de vista que me aguardaba una vuelta compleja.

Pasaron unas horas antes de que mi amigo Juan me enviara el siguiente mensaje: "eh, amiga! Estás en el BUE? Estoy yendo con la Flaca, nos encontremos!". Me generó un poco de alivio encontrar una cara conocida entre tanta gente, consideré incluso la posibilidad de tirarme en el pasto yo también. Un rato más tarde hicimos efectivo el encuentro. Juan era un ex compañero de Cine y nuestra relación era mayormente virtual. Me caía muy bien, en las redes sociales lo llamábamos "el rey de los memes". Él era de esas personas que, aunque no lo vieras en vivo muy seguido, sabías que la ibas a pasar bien si te juntabas. Me reconfortó la idea de no estar tan sola cuando tuviera que emprender la vuelta a Caballito. Estuvimos un rato esperando a la banda principal. Vimos a Vince Staples y a Kali Uchis. Nos tomamos un heladito de agua y charlamos de la vida. Junto con Juan y su novia la Flaca, nos acompañaba una pareja amiga. Hicimos nuestro pequeño campamentito entre la gente y aguardamos juntos el show de Gorillaz.

Eran como las 8 de la noche cuando se hizo el anuncio oficial de que se habían adelantado los horarios por la amenaza meteorológica. El cielo, que antes me había regalado su azul más vibrante, ahora estaba teñido de un rosa oscuro. Pequeños refucilos aparecían de cuando en cuando, anunciando la tormenta. El show que tanto quería ver se adelantó, y ahora sólo debíamos esperar media hora. En el momento creí que era lo mejor que podría haber pasado y confié que el cambio de agenda era una señal de la ciudad para que disfrute lo que quedaba de festival y no me preocupara por

volver tarde. "Ves Gorillaz, arrancás la vuelta como a las 10 de la noche y antes de las 12 ya estas cenando en lo de Bianca" me dije a mí misma. Que ilusa.

La banda salió como a las 9 menos cuarto. Fue todo lo que esperaba. Me tenía extasiada la experiencia del vivo, pero los truenos y refucilos me recordaban que la tragedia podía suceder en cualquier momento. Como a las 10 y media de la noche me despedí de mis amigos. El cielo parecía furioso y yo ya no estaba tan segura de que el asunto de los horarios haya sido una señal tan clara de que debía quedarme. El recital aún no terminaba, pero no me importó. Juan se ofreció a acompañarme hasta la puerta del predio. Recorrimos el parque de dinosaurios, que había sido atracción principal durante los años dorados del gobierno anterior, bajo los flashes fugaces de los relámpagos y escuchamos a la multitud volverse loca cuando Gorillaz tocó *Don't get lost in heaven*. Dándome cuenta de lo mágico que estaba siendo ese momento, me di media vuelta y grabé en mi retina la imagen de Damon Albarn cantándole a una multitud enloquecida. Con eso era suficiente para mí, ahora solo quería volver al departamento.

Llegué hasta la parada del colectivo, según mi GPS tenía que hacer el trasbordo en un barrio llamado Villa Mitre. De ahí el resto era bastante fácil, tomaba otro colectivo y me bajaba a 2 cuadras de lo de Bianca. El bondi no tardó en aparecer. La parada era más bien una estación de la cual partía solamente esa línea. Esto era algo usual en Buenos Aires. Subir la silla fue relativamente fácil, teníamos espacio para maniobrar y ayuda de sobra. Aún no llovía. Hicimos el trayecto hasta cruzar General Paz. La lluvia era una amenaza constante y yo sabía muy bien que, una vez que arrancara no iba a parar más.

Estábamos a unas 5 cuadras de mi trasbordo. Supuse que el lugar donde debía bajar posiblemente no tuviera una estación gigantesca para tomar el otro colectivo, pero

confiaba en que al menos podía ser que tuviera una garita o un techito. Sabía perfectamente que la lluvia me iba a alcanzar y lo que comenzó como un plan para llegar antes de que se largue, pronto se convirtió en una estrategia de contingencia contra la inminente eventualidad climática.

En el momento justo en el que le avisaba al chofer que me bajaba en la siguiente cuadra, la lluvia comenzó a azotar a la ciudad de Buenos Aires con toda su furia. Nunca había visto semejante temporal. El viento hacía temblar los carteles y arbolitos de la calle, y las veredas desaparecían bajo el río urbano que lo inundaba todo. Me tocaba bajar. El chofer me miró y preguntó: "¿Estás segura de que te querés bajar acá?". Yo respondí que no tenía otra opción. Las 11 de la noche me agarraron sola, bajo la lluvia sin un puto reparo, un toldito, un techo, una cornisa medio salida. Nada. Intenté abrir mi paraguas, pero tenía las manos tan empapadas que la traba se me resbalaba de las manos. Estuve ahí largo rato. No sabía a dónde quedaba la parada del otro colectivo. La lluvia era una especie de cortina que no me permitía ver a más de 5 o 6 metros. Tenía la cabeza mojada, el almohadón de la silla, la calza, el vestido y los zapatos mojados. No había un centímetro cuadrado de mi cuerpo, o de mis cosas, que no chorreara agua. La calle estaba completamente desierta. Recuerdo haber pensado que cualquiera podría haberme robado en ese momento, y posteriormente haber recapacitado: ni los choros iban a salir con semejante tormenta. Lo extraño de todo esto era que, a pesar de la evidente situación de precariedad en la que me encontraba, no tenía miedo. Sabía que de alguna forma iba a solucionar el problema. Incluso me daba gracia la situación, nunca había estado tan desamparada y discapacitada en toda mi vida.

Pasó un rato, no sé cuánto hasta que un hombre se acercó hasta donde estaba yo. El tipo no parecía peligroso. Se presentó y me dijo que me había visto en el BUE. Yo hice lo mismo y nos quedamos hablando un rato debajo de la lluvia, como si no pasara nada. Me preguntó si necesitaba ayuda para algo, le pregunté si sabía a dónde quedaba la parada del colectivo que me llevaba hasta Caballito. El hombre me ayudó a cruzar la calle y me prometió esperar al próximo colectivo conmigo. Seguimos conversando un rato más. Me contó que su padre había tenido un ACV y que también usaba una silla de ruedas. "Obvio, no es tan tecnológica como esta", aclaró. Nos reímos un momento y llegó el colectivo. Le advertí que íbamos a necesitar ayuda de otras personas para subir la *lisi*. El chofer y otro hombre se bajaron a ayudar. Entre los 3 me subieron hasta la puerta del bondi. No noté el parpadeo del joystick hasta que las 4 ruedas estuvieron arriba del colectivo. La *lisi* no traccionaba. Al principio pensé que las ruedas traseras se estaban resbalando con el piso mojado, pero las de adelante tampoco se movían. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando me entró el pánico como nunca antes. No sabía qué hacer. Saqué mi teléfono del bolsillo de la campera y llamé a Rosario. Ella sabía más de la *lisi* que yo, ella iba a saber qué hacer. Lo primero que me dijo fue que me calme. Esto le había pasado mil veces:

- Las luces parpadeando son que tenés algo en corto, no te preocupes – dijo – vos lo que tenés que hacer es pedirle a alguien que te desconecte y vuelva a conectar los conectores de la silla. Después la volvés a prender y listo.

Le expliqué desesperada a un hombre sentado al lado mío lo que tenía que hacer. El hombre desenchufó todos los cables y volvió a reconectarlos. La silla prendió, tal como lo había predicho mi amiga. Chequeé mi teléfono, no sabía a dónde estaba. Corroboré

que estaba llegando a mi última parada. La lluvia había disminuido considerablemente. Bajé del colectivo y anduve unos metros. El celular había dejado de marcar mi ubicación, estaba tan mojado que no me leía la memoria SIM. Sabía que estaba a una cuadra del departamento, pero de noche y sin el mapa no lograba darme cuenta de la dirección en la que tenía que avanzar. Estaba perdida a menos de 100 metros de mi destino. La calle estaba poco transitada. La gente poco a poco se iba animando a salir, aun conscientes de la amenaza meteorológica. Me entró la duda y decidí cambiar de dirección. Paré la silla y di media vuelta. Avancé eso de 2 metros y la *lisi* se volvió a quedar. Busqué con la mirada a algún transeúnte que pudiera socorrerme. Una voz me susurró: "amiga, ¿te ayudo?". Tardé unos momentos en notar que el sonido era emitido por un bulto en la entrada de un edificio. Era un hombre acostado en el escalón de un edificio. Su cuerpo estaba cubierto con colchas forradas con una pila de bolsas de consorcio. Parecía una especie de capullo. Al no tener respuesta me volvió a hacer la misma pregunta, esta vez asomando la cabeza. Yo lo miré y con una sonrisa forzada le dije que no era necesario. Volví a recurrir al encuentro con la mirada de otra persona que pasara por la calle. Dos chicas vieron la escena con el hombre-bulto y me preguntaron si quería que me llevaran a algún lado. Les respondí que sí inmediatamente. La *lisi* estaba anclada al suelo. El mecanismo para moverla manualmente estaba roto, la única forma de moverla era empujando con las ruedas trabadas. Las dos mujeres intentaban levantar las ruedas traseras y hacerla avanzar con las delanteras. Logramos movernos media cuadra, ¿hacia dónde? No sé. Una de mis salvadoras me ofreció su celular para llamar a Bianca. Lo acepté. Mi prima, que en ese momento estaba en el Colón con su novio Lucas, atendió en seguida. Un "yo sabía que te iba a pasar algo a vos" salió del parlantito del teléfono prestado. Le conté más o menos a dónde me encontraba y las 3 esperamos a que la

dueña de casa llegara. La noche terminó poco tiempo después. Bianca y Lucas me arrastraron hasta el departamento. Yo estaba empapada y tenía un olor horrible. Me metí a la bañera de mi prima, no sabía cómo carajo iba a salir de ahí y no me importaba. Necesitaba sacarme la mugre de encima. Estuve metida en el baño un largo rato. Estaba aliviada de haber llegado, pero no podía dejar de pensar en la *lisi*. Nunca se había roto y no parecía un problema menor. Mientras reflexionaba me enjabonaba el cuerpo. Agarré la única botella que vi, parecía shampoo. No vi la etiqueta. Más tarde me enteraría de que la botella misteriosa era el shampoo del perro de Bianca. Terminé de sacarme el olor a humedad y me metí en la cama. Bianca me sacó cómo pudo de la bendita bañera.

El día siguiente fue terrible. Era domingo, tenía que resolver cómo arreglar la silla. Llamamos a cuanto electricista encontramos. Todos coincidían en que la batería estaba perfecta, el problema parecía radicar en el joystick. "La remil puta madre", pensé. "No tengo idea de a quien llamar". Bianca, Rocío y yo googleábamos cuanto podíamos: arreglo silla de ruedas a batería, arreglo joystick, arreglo carrito de golf. Nada arrojaba resultados útiles. Los pocos lugares que podrían haber recibido la silla estaban cerrados. Era obvio, era domingo. Cambiamos de estrategia. Tenía que conseguir una *lisi* nueva. Tenía que volver a Córdoba. "Alquiler silla de ruedas eléctrica", escribí en el buscador. Una sola dirección copaba todo mi *feed*. Era un lugar en Necochea, claramente no iba a traerme una silla desde Necochea. Me sentía una estúpida. Por primera vez, en todos mis viajes, me sentía desamparada en la Capital. No entendía cómo había sido tan imprudente.

Decidí llamar al hombre de Necochea. En un acto de iluminación se me ocurrió que quizás pudieran conocer a algún técnico en Buenos Aires. No perdía nada con intentarlo.

El teléfono sonó un par de veces y un hombre de voz amable atendió. Le expliqué lo que me había pasado. El hombre me escuchó atentamente y dijo: “tengo varios técnicos allá, no te preocupes, yo te voy a pasar unos números y vos vas a decir que te manda Gastón”. Me volvió el alma al cuerpo. Había recuperado la fe en mi amada Capital Federal.

El resto fue historia. Al primer técnico que llamamos lo conmovió tanto mi historia de inválida empapada del interior, que nos ofreció llevar la silla hasta su casa para que la arreglara el domingo mismo. 6 horas más tarde la *lisi* estaba como nueva. Llamé a todo el mundo, a mi mamá, a mi hermana y a mi padre. Me entristecía un poco haber perdido un día entero encerrada, pero estaba feliz por haber resuelto el conflicto, más aún porque ahora estaba 100% segura de que nada malo iba a pasar. Había caído en la trampa pícara de Capital. Yo me reía y les contaba a mis primas sobre mi pacto secreto con la ciudad. Ellas me miraban y respondían que deje el faso.

Un día más tarde estaba en Córdoba. Volvía a la rutina, al trabajo horrible. Bueno no tan horrible. Intentaba mantener en mente la promesa del pase. Me alimentaba de ese sueño que ahora dejaba de ser inalcanzable. Nada me preparó para lo que iba a suceder. Llevaba 5 horas de jornada laboral. Una llamada de mi supervisora me sorprendió al finalizar la comunicación con un cliente. Me saludó y preguntó cómo me había ido en mi viaje. Yo le resumí la aventura y cambiamos de tema. Ella me quería decir algo y no sabía cómo. Empezó diciendo: “quiero que sepas que es muy difícil para mí decirte esto”. Inmediatamente creí que me iban a rajar. “Yo, más que nadie, apoyaba esto”. No entendía de qué me estaba hablando. “Pero a veces las cosas no salen como uno quisiera”. Sus rodeos me estaban poniendo nerviosa. “Finalmente no se aprobó tu pase”, terminó. Lo que yo le respondí y lo que ella dijo después es un misterio para mí.

No recuerdo nada. Descolgué mi vincha y me metí al baño. Nunca nada ni nadie me había roto el corazón así. Me sentí sofocada, no quería estar más ahí, no quería ese trabajo horrible, no quería Córdoba, ni Ersa, ni el 13, no quería nada de mi vida. Lloré. Lloré un montón, lloré como nunca. Dos días después daba mi aviso de 2 semanas. Con mayor tranquilidad le explicaría a mi supervisora cómo para mí ya no era negocio trabajar por un dinero que no quería ni necesitaba. Cómo quedarme ya no era una opción.

Pasó una semana desde el llamado. Tenía que enviar mi telegrama de renuncia. Era jueves. Los jueves me tocaba trabajar por la mañana. Corté una llamada y me puse de retirada de baño. Me paré en la puerta de mi baño e hice unos pasos. La *lisi* era muy ancha y no entraba. Para meterme tenía que caminar hasta el inodoro agarrada de las paredes. Hasta el día de hoy no sé con certeza qué fue exactamente lo que me hizo resbalar. Sentí un impacto en el medio de la espalda y me quedé tendida en el suelo sin poder moverme por un rato largo. El médico laborar dictó una carpeta de 3 meses por traumatismo lumbar y mi renuncia nunca se hizo efectiva.

Aún es mi sueño vivir en Buenos Aires. Aún creo que la ciudad me espera también, deseosa de nuestro reencuentro. Ya no estoy tan enojada con Córdoba. A veces pienso que ella tampoco me quiere soltar, que mi disputa, mi pelea constante con la ciudad que me vio nacer aún no termina. Paso mis días planeando nuevas formas de escape, menos caprichosas, más estables. Mi amor se mantiene intacto, inalterable hasta nuestro próximo encuentro.

Epílogo

Me desperté todos los días pensando en cómo me iba a traicionar mi cuerpo hoy,

Me desperté todos los días anticipando la inminente pérdida de dignidad.

Perdí la dignidad cuando me vieron cortar la carne con la mano hecha un puño,

Perdí la dignidad cuando no alcancé la góndola de los tampones,

Perdí la dignidad cuando en el hospital me pusieron un pañal,

Perdí la dignidad cuando intenté esconderlo,

Perdí la dignidad cuando me di cuenta de que era inescondible.

Perdí la dignidad cuando mi cuerpo dejó de hacer lo que yo quería,

Perdí la dignidad cuando mis rodillas decidieron jugar ese juego perverso de tirarme al piso,

Perdí la dignidad cuando tuve que mentir porque no quería admitir mi propia debilidad.

Perdí la dignidad tantas veces,

Perdí la dignidad en 100, no 1000, no 1 millón de ocasiones.

Perdí la dignidad cuando mis muslos se empezaron a engrosar, y cuando mis tobillos comenzaron a afinarse,

Perdí la dignidad cuando mi escoliosis ya no me permitió sentarme derecha,

Perdí la dignidad cuando mi panza se empezó a deformar,

Perdí la dignidad frente a los ojos de un amante que me vio sentada y desnuda,

Seguí perdiendo la dignidad, incluso cuando sentí que no tenía ya más nada que perder.

Me enojé,

Me castigué,

Me clavé cosas en el lombote de la espalda,

Y me pellizqué los muslos que sobresalían de mi asiento,

Me senté sobre mis manos inquietas,

Cerradas como garras para dejar de mostrarlas,

Para que nadie las vea.

No importó que hiciera, seguí perdiendo la dignidad,

La perdí como una gotera constante,

Como una filtración irreparable,

Como un caño pinchado y oxidado que no sabe qué hacer más que perder líquido.

Perdí la dignidad que atesoraba como una joya rarísima,

La perdí como si la hubiera dejado en la puerta de mi casa para que cualquiera la tome,

Perdí la dignidad todos los días,

Desarrollé estrategias, escribí planes y recé oraciones,

No importó, al final del día perdí la dignidad de todos modos,

No importó que hiciera,

No importó cuánto planeara,

No importó cuánto rezara,

A ningún dios le importó mi pérdida constante,

Mi fallecimiento diario,

Mi derrota inexorable,

Mi completa y absoluta inutilidad frente a una dignidad que se rehúsa a quedarse conmigo.

Perdí la dignidad hasta el cansancio,

Hasta el agotamiento extremo,

Hasta el aburrimiento de la profecía autocumplida,

Hasta la aceptación de que perder la dignidad ya estaba en mi ADN.

Un día estaba perdiendo la dignidad cuando me di cuenta de algo,

Me pegó en la cara como un cachetazo:

Cada vez que la perdí me construí una nueva con el fin de volver a perderla al día siguiente.

Me di cuenta de que construir una nueva me era igual de fácil que perderla.

Me construí una dignidad nueva para desnudarme al frente de un extraño,

Me construí una dignidad nueva para admitir que casi me meo en el Urquiza,

Me construí una dignidad nueva para subir una foto en bolas a Instagram,

Me construí una dignidad nueva para pedirle ayuda a un desconocido en el súper,

Me construí una dignidad nueva para revolear mis manos cerradas en un video de Youtube,

Me construí una dignidad nueva cuando junté todos los pedacitos que había perdido y finalmente acepté la disidencia de mi propio cuerpo.

Me construí mil dignidades nuevas para sacrificarlas en la plaza pública que es mi día a día,

Perdí y recuperé mi dignidad tantas veces que hoy en este instante en el que escribo y leo ya no sé si la tengo o si sigue perdida.

Perdí la dignidad y la voy a seguir perdiendo porque ya no me importa,

Perdí la dignidad y la voy a seguir perdiendo porque descubrí que nunca existió resiliencia sin derrota diaria.

Índice

Prólogo

No habían pasado ni tres días de mi viaje a Buenos Aires. Me sentía bien.

Yo le había dicho a Agustina que flashear amor con el Daddy era lo peor que me podía pasar.

Era crucial bañarme en el último minuto porque no sabía si iba a poder hacerlo tranquila en el departamento.

Diciembre tardó demasiado en llegar. Tardó en llegar y me rompió el corazón.

Eran las diez de la noche.Estaba sola y mojada en un barrio que mi GPS marcaba cómo Villa Mitre.

Epílogo

